

CRONICAS

INFORME DEL PADRE MANUEL BIEDMA AL VIRREY DEL PERU

MARQUEZ DE LA PALATA (1682) *

(Segunda Parte)

Volviendo al hilo de la historia, digo que corrían ya siete meses de la entrada primera que hicimos a esta conversión, cuando quiso el Señor (por intercesión de su purísima Madre, cuya imagen sacamos en procesión el día de su Concepción Inmaculada) cesase la peste, que si nos dió en logros setenta almas para los eternos descansos, tenía a los más del pueblo enfermos y amedrentados a los vecinos: y muchos que de más lejos venían a fundar y vivir en nuestro pueblo, se volvían del camino huyendo a las chacras que tenían en el monte, dejándonos tan solos que solo un indio quedó para asistirnos; mas en breve los volvió Dios, sosegó la tormenta limpiándose la peste con los exorcismos que trae el Breviario, con que hemos experimentado efectos raros; y los enfermos reconociendo la virtud del agua bendita y la saludable eficacia de los santos evangelios (con que sanaron muchos que estaban de riesgo) instaban con fervorosa devoción se les repitiese de continuo, por conseguir la cumplida salud y fortaleza que en breve alcanzaron.

Como asomaba ya el invierno con sus continuas aguas, que a manera de diluvio se desatan las nubes por este tiempo, se determinó que el Padre Predicador Fray Francisco Izquierdo fuese a Quimiri donde asistía el Padre Predicador Fray Alonso Robles, Presidente de la conversión, para disponer la fundación que se había de hacer entre Quimiri y Santa Cruz del Espíritu Santo (de Sonomoro), de la mucha gente que dicho religioso había visto por aquella parte cuando vino del Cerro de la Sal; porque unidos nos pudiésemos dar las manos en la salvación de tantas almas y fuese una la conversión socorrida de dos puertas, por donde se pudiese amparar. Nosotros nos quedamos con el Padre Predicador Fray Francisco Gutiérrez (que luego llegó) entendiendo en aprender la lengua de aquellos bárbaros, que quiso el Señor se le diese tal alcance que a los cinco meses se predicaba y después acá se ha ido perfeccio-

* Primera Parte publicada en Amazonía Peruana, Vol. II, No. 4.

nando con su divino favor, de tal suerte que se ha reducido a reglas que forma arte completo y claro, por donde cualquiera con facilidad podrá aprenderla. También se ha hecho catecismo, Doctrina Cristiana, oraciones, cánticos e himnos, que en la lengua que del Inca compuso el Ilustrísimo Señor Oré. Y esto se hizo no sólo con consulta de nuestros religiosos que la sabían, sino también con la de un sacerdote que asistía en los Andes desde donde muy niño la aprendió, a que fue personalmente un religioso de quien se pudo fiar por lo capaz que estaba en dicho idioma y lo que se requería para negocio tan arduo y tan esencial de las almas. También se ha hecho Manual para administrar todos los sacramentos por preguntas y respuestas en dicho idioma. Otro tratado también se ha hecho por modo de pláticas, explicando todos los misterios, exhortando a las buenas costumbres, a amar la virtud y aborrecer los vicios, confesionario y otras muchas cosas, según las costumbres e inclinaciones de aquellos naturales, que a la verdad si no fuera obra de Dios, aún en muchos años no se pudiera ajustar lo que en tan breve tiempo con perfección se ha compuesto y traducido.

Llegó a apuntar el verano del año 1674 y a todos la dicha de trabajar más en la mies del Señor. No sé si lo deseaban más los ministros que los indios; porque si los religiosos le aguardaban para salir a recoger solícitos y vigilantes la esparcida grey que herrada por aquellos montes se perdía, los indios no menos deseosos de su remedio anhelaban al tiempo para venir a buscarnos unos, otros para repetir con sus embajadores nuevas instancias para que fuésemos a sus tierras. Los del pueblo también deseaban el verano por buscar alivio a lo trabajoso del camino, que les era intolerablemente gravoso haber de continuar el que había, cargando a sus hombros, que si se viera y experimentara su fragilidad y aspereza, era bastante esto para conocer cuán de Dios ha sido esta obra y cuán fervorosas fueron las ansias que puso Dios en los corazones de aquellos bárbaros a solicitar el bien de sus almas; pues cargados trepaban de la mañana a la noche aquellas asperísimas tierras, donde sólo colgándose con sogas podía vencerse en algunas partes el paso. Rompían aquellas quebradas y huaicos espesísimos, atravesaban badeando muchos ríos, y en algunos que embarazaba lo crecido de sus corrientes, derribaban gruesos árboles, capaces de alcanzar a la otra banda. Trabajo que muchas veces excede a fuerzas y sufrimiento natural, pues suele acontecer no poder acomodar bien un palo o árbol en todo un día; porque unos al caer se hacen pedazos y se pierde el trabajo de cortarlos, otros se los lleva el agua luego que caen; otros que se logran es menester ponerlos a fuerza de brazos donde sirvan de puentes; y esto metidos en aquellos ríos tan fríos por la cercanía de la puna que hielan; y como es el natural de ellos friolento mucho (que deben de ser de la complexión de los negros), pues en su tierra siendo muy cálida son ellos tan fríos que su vivir y dormir es alrededor de la candela; esta les faltaba también y era el mayor de sus trabajos; las más noches en los caminos, porque o ya por los aguaceros (que ni en verano hay día seguro de aguas por aquellas

sierras) no se hallaba palo seco que encender, o ya cuando se llegaba a los altos no había leña, por más que la solicitase la diligencia por ser una rigidísima. Aquí sí era el padecer y el tiritar de aquellos pobres, que sólo una camiseta era todo su abrigo, que es un vestuario a manera de túnica, o camisa de algodón con que cubrían sus carnes, y si esta llegaba mojada, que lo era la más veces, cuáles estarían aquellos desdichados en medio de una puna tan rígida, mojados sin ropa que mudar ni otro abrigo más que el mismo hielo?, que eso les suplía por lanas. (*Qui dat nivem sicut lanam*, Sal. 147, 16). Entre pantanos helados, durmiendo en ciénagas de nieve, no es pintura, no, ni son voces de ponderación estas, sino la verdad sencilla, la verdad pura en el Señor; y confieso que no hay voces, términos ni palabras que puedan explicarlo como ello es la realidad, y lo que se ha padecido por aquellos caminos. Es cierto, los vi muchas veces, lloran como criaturas clamando y suspirando al cielo con lastimeras voces, diciendo: Piedad, Señor, misericordia, Señor; basta, Señor, cuando les cogía alguna nevada de las rigurosas que allí caen.

Cuántas veces me sucedió al darles unos cigarros de tabaco, para que su calor los entretuviera y aliviase algo, hallarlos parálticamente imposibilitado el uso de las manos, cuyos dedos encorvados más parecían de hierro o sin vida que de carne animada, pues no pudiéndose valer de ellos usaban de las muñecas por dedos para coger el cigarro. En una ocasión que iba con treinta y cinco andes, fue tan cruel la nevada que permitiéndonos ganar la oquedad de unos peñascos que formaban a modo de cueva, no nos dejó salir del retraimiento de veinte y cuatro horas que duró su tesón, donde lo pasamos toda la noche y día arrimados sin podernos recostar ni sentar, que su corta capacidad a penas daba lugar para estar en pie muy afeñuscados, y no fue poca dicha hallar siquiera esta tan corta acogida, que otras muchas veces se pasaba toda la noche sentados, arrimados a los árboles, sufriendo en las espaldas cuanta agua caía del cielo. Otra vez nos ofreció la ventura topar una cuevecita en que no sé si cupieran bien cuatro o seis, y nos acomodamos cuarenta con el Padre Presidente Fray Alonso de Robles y el hermano Andrés Pinto; el cómo se deja a la consideración que juzgo no eran más crueles (sino sólo en el tiempo) las cárceles de los japonés. A tanto padecer se añadía el del sustento, que este era de hornear sólo maíz tostado, y muchas veces que les llegó a faltar, roían palos y raíces de árboles. Una vez nos cogió en medio del páramo en los altos de la puna donde el piadoso celo del Padre Presidente Fray Alonso Zurbano había hecho una casa para reparo en tanto frío, y para más abrigo le puso una puerta del pellejo de un toro que allí mató: a este paraje llegamos con cuarenta o cincuenta indios bárbaros tan necesitados que entre todos no había un puño de maíz ni cosa que fuese sustento; tan desmayados y debilitados que hubimos de rehacernos con el pellejo de la puerta, de que hicimos repartición entre todos y en remojo cociéndolo nos sirvió de ali-

mento con cuantos huesos pudo hallar la necesidad, sin que se escapasen (ni las astas) que tostados y molidos nos mantuvieron la vida tres días que allí estuvimos, hasta que nos socorrieron de la frontera de Andamarca; ¡qué año!, no era posible dar paso adelante, porque la flaqueza y necesidad no lo permitía.

Dejo de decir mucho de lo que se ha padecido y se padece en aquellos desiertos, porque por lo inusitado y por no haber conocimiento de aquellos parajes puede peligrar el crédito, que hay verdades que se deben callar, porque se arriesga su pureza si no hay alguna experiencia de lo que se dice. Basta lo dicho para conocer lo mucho que padecieron y trabajaron aquellos bárbaros, el amor tan grande que nos tuvieron, los deseos y ansias con que enervorizados sus corazones, pues venciendo dificultades opuestas a su naturaleza, salían hasta la frontera (de Andamarca), que es pueblo acá en la sierra, anexo de la Doctrina de Santiago de Comas, a llevar a los ministros que habían de entrar, sacar a los que enfermaban (que la montaña por ser tan cálido y húmedo) es muy enfermo; cargar el mantenimiento, que aunque se excusaba lo posible, era preciso llevar hachas, machetes, cuchillos y demás cosas que para ellos mismos son necesarias; mas aunque conocíamos y nos admiraba su fineza, temimos siempre al cabo les había de abrumar el peso, viendo siempre que salían enfermaban los más y morían muchos. Tengo observado y apuntado que de las salidas que han hecho a la sierra, han muerto fuera de su tierra 78 y en una ocasión que salieron setenta indios infieles a Andamarca, no escapó ninguno sin enfermar de una peste peligrosa en que murieron siete, y los demás huyendo se volvieron enfermos a sus tierras.

No sé si se hallará en historias tal amor de bárbaros en tanto padecer, tanto sufrir en tan repetidos trabajos. Confieso y digo de verdad (y aun entonces lo dije) que era el menor milagro de Dios en que manifestaba era muy suya esta conversión y que tenía predestinadas aquellas almas, el que no nos hiciesen pedazos a flechazos, que pudiera juzgarlo por desahogo la naturaleza bárbara de aquellos infieles, tan aflijida y lastimosamente llena de trabajos; la que sin ministros gozaba segura libertad en el ocio de su descanso, sin embargo la voluntad, libre el albedrío, sin conocer necesidad, porque los más tienen muchos regalos a su modo de cacería pacíficamente quietos los festeja y sirve la lealtad de sus mujeres; los divierte y entretiene el amor y cariño de sus hijos; arréstandolo, pues, todo por el bien de sus almas, con tantos trabajos y necesidades, pereciendo de hambre en aquellos caminos, fríos y yertos, sin alivio en aquellos páramos, sin el halago de las mujeres, sin el cariño de los hijos; no sé cómo no nos han muerto mil veces. No sé cómo nos reciben y admiten. Posponer su libertad, dejar sus casas, privarse de su descanso y conveniencias, aun experimentando casi siempre muerte y enfermedades. Salir fuera de sus tierras a temples opuestos a su naturaleza; raro amor por sólo aliviar a los ministros; cargarse de nuevos y mayores trabajos, abriendo espesu-

ras, rompiendo quebradas; pues no quedó ninguna de todas las que hace y forma la ceja de la puna que caen a la montaña por donde no buscarse su fervoroso cuidado nuevo camino. Verdaderamente era Dios el que los movía, pues apenas acababan de buscar camino, por una parte donde las asperezas e imposibles que hallaban que pudieran ser resfrío al mayor fervor y desengaño a la mayor ansia, parece eran espuelas a buscarle por otra parte, a que salían luego, solicitándolo con instancia, sin admitir contra mi ruego que pudiese impedir los nuevos alientos y bríos con que picados, decían: hemos de abrir camino por donde sirvamos a nuestro Padre Presidente hasta que nos vengan a buscar a nuestras tierras con tanto trabajo; aliviémosle nosotros con el sustento en que se crían abriendo camino por donde se pueda traer con sus medicinas para los enfermos, con que excusando el que se vayan a curar afuera, aseguramos en su asistencia nuestro amparo y el remedio de nuestras almas. Esto decían con tales fervores que sin poder estorbarles vencían dificultades, atropellaban inconvenientes. Trabajando en esto todo aquel verano dicho y primer año que estuvimos con ellos incansablemente con fervor, amor y gozo singular. Bien se conocía obraba el poder de Dios en sus corazones; pues sucedió muchas veces afligirse mucho los religiosos que iban con ellos viéndoles padecer tan sin alivio, que hasta el cielo aumentaba sus penas con diluvios de agua; lastimados, los ministros clamaban tiernamente a Dios con lágrimas y suspiros, decían: compadeceos, Señor, de estos pobres; no se pierdan las almas que es precio de vuestra sangre. Son tiernos, son ignorantes, no saben de trabajos, ignoran la gloria del padecer. Suspended las aguas, Alivíeles vuestra piedad, no sea que afligidos se desesperen. ¡Oh, misericordias Divinas y secretos de Dios!. Testigo es que cuando ésto pedía nuestra compasión, volvían algunos de los indios que iban delante y se volvían a nosotros danzando y cantando a su usanza, muestras de la alegría y gozo con que el Altísimo llenaba sus corazones y respondía al ahogo de nuestra aflicción que juzgaba iban los indios reventando de angustias.

Complicáronse las acciones en la concurrencia de cosas tan distintas que hubo a que atender en dicho verano, a no ayudar con su divino favor y asistencia; él que la promete segura siempre a sus ministros: **et ego ero semper vobiscum** (Mat. 28, 20), pues a un tiempo se acudía acompañando a los que iban a los caminos; tan repetidamente que diez y ocho veces en aquel primer año conté y apunté, pasé aquellos altos y punas; ¿cuántas veces la pasarían los demás religiosos y cuántas los indios que iban con unos y otros? Juntábase el haber de visitar a los curacas y parcialidades que repetían con sus embajadores las ansias que tenían y algunos de los curacas habían venido personalmente a vernos; siete veces se dio vuelta por los circunvecinos de dos y tres días de distancia visitándolos, predicando y enseñando la verdad de nuestra santa ley. Ocurría también asistir a los rezos y chácaras de comida (que es lo menos de que deben cuidar los ministros), así las particularidades de los indios del pueblo, como las de comunidad que se hacían para los que venían de

nuevo a vivir en el pueblo tuviesen de dónde sustentarse como propio, sin mendigarlo. Estilo que se debe observar en todas las reducciones para que no les acobarde ni estorbe a juntarse y reducirse a pueblos la incomodidad de las chácaras.

Al mismo tiempo sin poderlo excusar un instante, antes sí pedía mucho cuidado y más ministros la asistencia a los que quedaban en el pueblo con el pasto espiritual de la divina doctrina a todos: con atención y amor a los niños que teníamos ya en escuela: con cariño a los que venían de sus tierras a visitarnos: con caridad y vigilancia a los enfermos, instruyendo, catequizando y bautizando; porque ya corría otra peste originada, o de la gente que se había juntado y vivían de asiento en nuestro pueblo, que pasaban de 300 almas, sin los que iban y venían, de que habíamos visto más de 900 y sin los que vivían a los alrededores de nuestro pueblo, o la causó la entrada del verano, que en mundando el tiempo suelen acontecer pestes malignas; esta fue tan cruel que en breves días nos asoló el pueblo; pues de tres en tres se enteraban los más días, y morían tan de prisa y tan repentinamente que acostándose buenos, sanos, gordos, sin achaques ni dolor alguno, a la media noche les asaltaba, la muerte, avisándoles saliesen a recibir al esposo en el santo bautismo para gozar eternos descansos: *media autem nocte clamor factus est. ecce sponsus venit. exite obviam ei* (Mat. 25, 6), y se hubieran perdido muchas almas (que podemos creer que pues al salir de esta vida se desposaron en el santo bautismo con el Esposo divino), entraron con él a gustar las bodas eternas: *intraverunt cum eo ad nuptias*.

Necesitaba el pueblo en la ocasión de muchos ministros para acudir a todo, más suplió por muchos: *suficit unus pro mille*, el celo vigilante del Padre Predicador fray francisco Gutiérrez (a cuyo cargo estaba el pueblo cuando yo asistía con los indios en los caminos), pues aunque dicho Padre estaba bien agrabado de achaques, con fríos y calenturas y las piernas hinchadas, cuidadoso como Ministro de Dios o como siervo verdadero, asistía no sólo a la segunda y tercera vigilia, sino que ocupaba toda la noche visitando de casa en casa el pueblo, explicando los divinos misterios, enseñando a unos, preparando a otros, de suerte que cuando habían de ir turbados a buscar al Padre al convento o iglesia para que fuese a bautizar, le hallaban entre ellos mismos prevenido del agua, con que excusando el que peligrasen las almas mientras le buscaban, concedía con liberal fervor el santo bautismo, antídoto y remedio de las almas. Ayudólo mucho la caridad ardiente del hermano fray José de la Concepción, religioso lego; tres, cuatro, cinco solían bautizar en una noche. No he podido ajustar cuando descansaban dichos religiosos en el tiempo que duró esta peste. Pues todo el día tenían el mismo ejercicio sin divertir el atento cuidado, temiendo no se les perdiese algún alma; porque habían averiguado muy bien que un indio viejo ministro del demonio, o el

mismo demonio que habría tomado aquella forma y hay tradición que en forma humana, o en la de algún bruto pájaro, se les aparecía en las juntas y borracheras en su gentilidad, y así los indios todos decían era el demonio, porque ni conocían al tan indio ni lo habían visto jamás, siendo así, que por distantes que estén, se comunican y conocen muy bien unos a otros, y porque por donde quiera que salían del pueblo los indios luego lo encontraban, y los ministros nunca pudieron dar con él, por más que lo procuró su solicitud. Andaba, pues, por los alrededores del pueblo subvertiendo a la gente, procurando tragarse algún alma: *tanguan leo rugiens circuit, quaerens auem devoret* (1 Pedro, 5, 8), sembrando la cizaña de su perversa y diabólica doctrina; decía a todos los que encontraba que los religiosos traían las enfermedades, que vivía con ellos la muerte, que habían de morir sin remedio cuantos allí estuviesen y viviesen con los Padres, que se volviesen a sus antiguas habitaciones (que era todo su ahinco por hacer el tiro a su salvo), más los ministros de Dios advertidos de San Pedro: *fratres sobrii estote et vigilate* (ibidem), velaban a todas horas con tal cuidado que a penas faltaba enfermo, cuando luego le echaban de menos, salían a buscarlo por los montes, de donde con lágrimas, suspiros y amonestaciones le persuadían y reducían, volviendo al pueblo la oveja perdida como el Pastor Divino. No es lugar comparativo de ponderación. Sí de similitud a lo que ha sucedido. Ocasión hubo en que los Ministros trajeron en unas andas cargado a sus hombros un indio infiel que se había quebrado una pierna tres leguas del pueblo en lo espeso del monte. Abriendo camino los mismos Ministros (porque los indios ya se ha dicho lo que huyen de los enfermos), pasando ríos con las andas a los hombros y algunas veces en la cabeza, según lo pedía la hondura de los ríos; tardaron tres días hasta llegar al pueblo tan necesitados como el enfermo de ocupar otras andas por haber faltado el sustento aquellos días; porque la caridad abrasada y prisa de ir a socorrer a aquel pobre no dio lugar a prevenirlo, juzgando estar a cuatro o cinco horas de vuelta.

Allegábase y concurría también haber de ir a los enfermos que llamaban desde sus habitaciones y estancias pidiendo el santo bautismo, y siendo este nuestro anhelo (enviar almas al cielo) se está dicho con la puntualidad que se acudiría, aunque hubiera más asperezas para llegar a sus sitios. Religioso hubo que en una ocasión estando afuera curándose de dolores (ocasionados de aquellas ciénagas húmedas y fríos de la puna por donde se pasa) que le tenían imposibilitado de trabajar, y por estar entonces solo y ser tiempo de invierno, se retiró a la frontera a tomar unos jarrillos y como no alcanzaron le hicieron añadir sudores y papelillos, y a los diez o doce días que los había acabado, le llegó aviso que estaba la gente de la montaña muy enferma y algunos infieles muriéndose que pedían el santo bautismo; de noche le dieron la nueva, y por la mañana ya estaba caminando, sin que le embarazase las aguas (que era en el rigor de ellas) ni le atemorizasen la puna con sus ciénagas, pantanos y fríos antes gustoso de su suerte decía con fervor a los que

compasivos contradecían su ida: ¿cuándo yo tan dichoso que pierda la vida por lograr un alma que consiga la gloria y escape de la eternidad de las penas? ¡Oh!, cómo podía decir mejor, este lo que el otro Rey a Abraham: *da mihi animas caetera tolle tibi* (Gén. 14, 21); pues no intereses, sino la misma vida despreciaba poniéndola a tan conocido riesgo. ¡Oh!, cómo tenía en su corazón lo que la Santa Rosa con ansias del alma decía: ¡Oh! ¡quién pudiera a costa de la vida lograr la salvación de un alma! Cinco logró entonces el dichoso religioso: tres de párvulos y dos de adultos; así obran los pobres religiosos, ésta la caridad que ejercitan que no puede ser mayor; dijo Cristo: *maiorem charitatem nemo habet ut animam ponat quis pro amicis suis* (In Oficio Apostolorum), y no perdió la vida, antes se admiraron todos de la salud y robustez con que salió. Así obra Dios, así asiste a sus ministros: *ego ero semper vobiscum*. Luego, no es imposible pudiera nuestra débil naturaleza atener con tanta ocurrencia de cosas en solo un verano, dando cumplida salida a todo con el divino favor, que sin él en menos se ahogara.

Pidió también particular asistencia y cuidado la fundación de nuestro pueblo que costó muchos pasos hallar mejor sitio; porque donde vivíamos, fuera de haberlo hecho espantoso lo continuo de las pestes y por esto instaba brevedad en mudarlo, pues atemorizados los indios, ya no querían vivir allí y se nos iban muchos: era el sitio por su naturaleza malísimo, porque era en una hoyada a manera de caldera, ceñido de dos cerros en la forma de media luna que impedían la entrada al viento con que careciendo el pueblo del frescor y pureza de los aires, parecía horno encendido con su continuo calor; y muy enfermo, por la humedad grande también, porque como era hoyada, al llover la rebalsaba el agua, haciéndolo todo una ciénaga. Mudámosle a una loma de pajonal hermosa, capaz y seca por su altura y terruño, limpia de sabandijas ponzoñosas y pareció más saludable; porque la bañaban todos los vientos: así los del norte (que son en aquella tierra los más sanos) como los de la sierra, que con su frescura templaban el calor de la montaña. Corre por sus faldas el río de Magasamari, que no es de mal porte el agua, buena y fresca, que cría algún pescado (aunque poco); camina hacia el norte hasta juntarse con el río que llaman Perené y a este lo constituyen crecido los ríos de Tarma y Quimiri, los del Cerro de la Sal y otros que bajan por aquella parte corriendo al oriente hasta encontrarse con el grande Eni, a quien reconocen superior todos, ofreciéndole en tributo las aguas de sus corrientes; hízose una capaz, fuerte y hermosa iglesia, vivienda de los Padres, casas de los indios y chácaras de comidas, acudiendo a todo nuestro Curaca Tonté con solos los indios de su parcialidad, sin permitir que los recién venidos ayudasen, porque no les resfriase el trabajo.

No se olvidaron de cumplir su palabra los que habitaban a las orillas del gran río Eni. Los cuyentimaris y quientimiria, los que cuando entramos a esta conversión querían que nos matasen o nos echasen, los que mudó el Señor

(como ya se dijo) que de rodillas pidieron que no nos fuesemos, que volverían por nosotros a otro verano para que enseñásemos a los de su tierra.

Llegaron, pues, estos a nuestro pueblo en la ocurrencia de tanta ocupación como se ha dicho y como no me hallasen (por estar en la puna en lo del camino), ansiosos de verme y de llevar ministros a su tierra, pasaron dos con otros del pueblo a avisarme. Sentí no tener compañero, porque los que estaban en el pueblo tenían bien que hacer con los enfermos y demás que atendían; apretaban con instancias los indios diciendo que no se habían de ir sin llevarnos; determiné salir a Jauja a buscar algún religioso que remediase la necesidad de acompañarme; convinieron los dos indios disponiendo que el uno bajaría a avisar a los demás y el otro pasó conmigo diciendo que no me había de dejar hasta llevarme a su tierra. Todas estas circunstancias importan para dar crédito a lo que después supe, que diré a su tiempo; quiso mi dicha encontrarse en la Doctrina de Comas, que está una jornada de Jauja, el hermano fray Antonio de Araujo, religioso lego y ministro de mucha caridad y celo de salvación de las almas, que gustoso me acompañó. Llegamos a nuestro pueblo de Santa Cruz del Espíritu Santo y le hallamos más limpio de la peste que ya se iba acabando, más los indios llenos de deseos de vernos y llevarnos, pues pudieron aguardar (hasta que llegué) más de mes y medio, aun cuando estaba más viva la peste, pues es lo mayor que se puede decir, pues es lo más que ellos pudieron hacer. Había venido con la gente el Curaca de los Quientimaria y Quientimiris llamado Mabiayendi con alguna de su gente y diezciecho o veinte indios que decían eran de abajo; después supe que eran de aquellos dos famosos pueblos Picha y Masarobení, vasallos del Rey Ennin. Con un curaca que ocultaba el serlo, díjomelo con mucho encarecimiento y secreto nuestro Tonté y él en su estilo y modo (aunque más se disfrazaba) se daba a conocer. Este vivía con mucha gente que ocupan en hacer mucha ropa de algodón, mantas, camisetas y paños, con que comercian trocándolo por herramientas y tenía su asistencia en la cordillera grande en la parte que mira hacia nosotros y le llaman Vehitiaricu, que quiere decir Atalaya — el que mira — el que descubre. Esta cordillera atraviesa por medio de la montaña de sur a norte; es muy alta y en partes tiene nieve; no es prolongada de cerros como la de la sierra, porque en subiendo a lo alto se baja luego (sin más lomas ni cuevas) a hermosísimas llanadas, pampas, sabanas, muchos pajonales, todo llano hasta la mar del norte (y arenales dicen que hay también muchos), sin haber más cerro, de suerte que en esta cordillera dan fin y se rematan todos los cerros y serranías de esta América. Es especial recreo de la vista (hele tenido grande las veces que lo he pasado por muchas partes de montaña y andes que he entrado) ver desde la cima de esta cordillera salir el sol: porque como no hay cerro ni altura que embarace el oriente, se deja ver primero (en aquella longitud que causa a la vista parecerle se junta el cielo y la tierra) por entre las ramas de los árboles, como por entre celosías verdes, donde dan primero sus dorados rayos y pasando sus reflejos por los resquicios de las verdes

hojas las dejan en opinión de brillantes esmeraldas que forman dorado y lúcido sitio al planeta, cuando para tomar posesión de este hemisferio va saliendo como de entre pimpollos, hermoso, y tan junto parece con la arboleda que puede juzgar alguno es fruto de aquellos árboles a flor de aquellos cogollos.

(El) día de Nuestra Señora de los Angeles, dos de agosto, patrona de esta santa conversión, después de haber dicho misa y hecho las diligencias por ganar el plenísimo jubileo o indulgencia de la Porciúncula, salimos para la tierra de adentro con mi compañero fray Antonio de Araujo, todos los indios que habían venido y algunos del pueblo que nos acompañaron; caminamos los dos días primeros entre oriente y norte hasta los Cobaros; de aquí se coje casi el oriente derechos, dejando a mano izquierda a los Chiquirenis y Sagorenis que están a la entrada y encuentro de nuestro río de Magasamari con Perené. Pasamos los Sanguirenis que son pocos y a los tres días llegamos a los Quietimiris. Aquí tenía su casa el curaca Mabiayendi, recogió su gente y aquella noche les hice una plática en su idioma, explicándoles y probando haber Dios Omnipotente y Creador universal de todo, el premio que tiene para los buenos y el castigo que les aguarda a los malos, lo infalible de su condenación sin el santo bautismo y lo terrible y eternamente perdurable de aquellas penas. Y se sirvió el Altísimo Señor de dar tales voces, términos a mi lengua y de tal manera encendió aquellos corazones, que a cada palabra correspondían todos con desmedidos ayes, con suspiros a gritos, con sollozos y lágrimas muchas, y todo fue un lamento en indios e indias que me obligaron a abreviar, porque era mucha la ternura. Retireme con mi compañero a la margen de un arroyo, donde estando rindiendo a Dios las debidas gracias, llegó el curaca (que solícitos nos buscaba) hecho un mar de lágrimas con otros indios y rogándonos le oyésemos; se sentó junto de nosotros diciendo (en su idioma); Padre, ¿por qué me tengo de condenar?; si no tengo Padres que me enseñen, ¿qué me han de hacer?; si no sé dónde hay Padres, ¿de dónde los he de traer?. Fui por ti para que enseñes mi gente; no te quieres quedar, ¿qué me tengo que hacer?; ¿por qué me he de condenar?; dime dónde hay Padres, los iré a buscar. Estas individuales palabras dijo; sólo dejo de escribir las razones que alegó, que no puede pronunciarlas el labio sin hacerse pedazos el corazón y deshacerse en lágrimas los ojos de oír lo que el Profeta Jeremías llora en sus trenos *Parvuli petierunt panem et non erat qui frangeret eis* (Lam. 4, 4). ¡Oh! quién pudiera (dije entonces al compañero) repetir con clamores del alma estas mismas palabras en las plazas y universidades, pues fuera bien lucido empleo y colmado logro a las mejores letras la salvación de un alma, que se pierden y condenan muchas por falta de obreros: *messis quidem multa, operarii autem pauci* (Luc. 10, 2). Yo no podía dejar la mies que el Señor me había entregado, además de estar entonces fundado otros dos pueblos, fuera del de Magasamari: el uno entre Satipo y Perené, donde se querían juntar la gente que habita por aquella parte; el otro en Cachegori, entre los Pangoas y

Menearos, por haber por aquella parte harta gente; pues en una ocasión vinieron juntos a nuestro pueblo ciento y más almas, en otra traje yo cincuenta y en otra que fue cuando fuimos a escoger el sitio contamos en el dicho paraje 75 almas, donde con los Pangoas y Menearos fuera un buen pueblo, pero que había repartido ya a unos y a otros herramientas, hachas y machetes para hacer los rozos de las fundaciones dichas. Estas causas les propuse tenía para no quedarme con dicho curaca Mabiayendi y los suyos; ofreciéndose a que también ellos se juntarían a pueblo y harían iglesia si les prometía Ministro que les enseñase; diles herramientas suficientes y quedaron en desahogo de sus ansias ejecutando su promesa, empezando luego los rozos para la fundación.

Pasamos el día siguiente caminando al oriente hasta el gran Río Eni, tan rico de aguas que puede sustentar una nao, especialmente desde la cordillera para abajo, donde habiéndose ya unido con el Perené, que en competencia de la mayoría en más de una cuadra caminando juntos aun no se mezclan ni hermanan sus aguas. Se encuentra también con otro gran río que llaman Taraba, cuyas crecidas ondas manteniendo la palabra con Eni y Perené, que ya van en uno, dejan en opinión la superioridad. Este gran río Eni es el de Nuestra Señora de Cocharcas o Chinchero, que entrándose a la montaña va recogiendo en sí y abrigando cuantos desde Abancay hasta el Cerro de la Sal, nacido de la cordillera de la Sierra; hele navegando desde sus cabezadas tres veces por los Andes de la Doctrina de Tambo, del Corregimiento de Huanta; he entrado a él navegando por el de Jauja que llaman los naturales Mantaro, que entra por los Andes de Biscatán del mismo Corregimiento. Por dichas partes lleva muchas corrientes, rápido y peligroso en su bajíos. Algunos dicen que ya viene dicho río unido con el de Apurímac, mas yo tengo por más cierto que el otro que llaman los naturales Taraba es el de Apurímac, que va siempre arrimado a la cordillera grande dicha por la otra parte que mira hacia el mar del norte (aunque algunas veces seguiría hacia el oriente) hasta encontrarse con Perené que juntos revuelven por la falda de la cordillera grande, buscándole el portillo por donde desembocan señoreándose de aquel otro mundo caminan siempre al oriente.

Habiendo colocado nuestra cruz, que es lo primero que hacen los Ministros donde quiera que llegan, nos embarcamos en dicho río Eni con mis compañeros y los indios de abajo, el curaca ya dicho, que tenía nombre de Atalaya y dos indios de los nuestros, porque los demás se quedaron en el Puerto y en los Quientimiris. Camínase en Balsas hasta la cordillera, que desde allí es todo el trajín en canoas. Llegamos como a las tres de la tarde a los Quientimiris, que están a mano derecha del río de frente de donde desemboca el Perené; agasajónos mucho la gente solemnizándonos con mucho y buen pescado que ofrecieron a todos; acabada la refección necesaria y al querernos hacer a la vela un indio de los nuestros que nos había acompañado desde nuestro pueblo de Santa Cruz, lanzando cuando había comido, daba muestras de

morirse; turbónos el repentino accidente. Instaban los indios de abajo subiésemos en las balsas donde esperaban y viendo la detención, volvieron a salir a tierra a instarnos pasásemos con ellos, que no podían detenerse, porque el mucho tiempo que habían tardado y la noticia que había corrido de la peste que hubo en nuestro pueblo darían por infalible su muerto los suyos y les estarían ya llorando sus mujeres e hijos; porfiando con ruegos, cariños y razones más de una hora, alegando que por solo llevarnos habían salido de su tierra, hecho ausencia de sus casas más de tres meses con trabajos y necesidades, arriesgando la vida en la peste del pueblo, pasando a tierras no conocidas y de tanto frío como la puna y sierra, sólo por traernos a su tierra, que siquiera pasásemos a la casa y pueblo de dicho curaca Atalaya, que estaba cerca, señalando el sitio en la misma cordillera grande, en cuyas faldas casi estábamos. No es fácil de decir la pena y conturbación que tuvimos, porque esta exploración (la de) pasar la cordillera y ver las tierras de la otra parte ha sido siempre el tema de nuestras ansias por las muchas noticias del innumerable gentío que habita por aquella parte; dejar, pues, aquel pobre que nos había acompañado con amor desde nuestro pueblo, desampararlo cuando tan enfermo se mostraba, no era caridad. Verdad es que titubeó la elección: *positus in medio quo me vertam nescio*. Los ruegos, las ansias y razones de los indios para llevarnos y nuestra voluntad inclinada a ir, mas la enfermedad de nuestro indio era demora que nos detenía con obligación de asistirle, pues era oveja de nuestro rebaño, de nuestro pueblo de Santa Cruz y estaba dicho indio infiel, (pues) aún no tenía el santo bautismo y si muriera se perdiera por nuestra cuenta y que nos dijera el Señor: *sanguinem autem eius de manu tua requiramus* (Eze. 3, 18). Terrible sentencia. Sacrificamos nuestra voluntad a Dios y pues tanto es para Dios un alma como muchas, que en el mismo costo le está una que todas, determinamos quedarnos y que se hiciese su divina voluntad y no perder uno de los que nos había entregado. Enseñanza es del Divino Maestro: *non ut faciem voluntatem meam sed voluntatem eius qui missit me, haec est autem voluntas eius qui missit me Patris: ut omne quod dedit mihi non perdam ex eo* (Juan, 6, 39).

Fuéronse los indios bien tristes en sus balsas río abajo y nosotros hicimos luego una hermosa cruz que colocamos con toda devoción, poniéndole por nombre aquel sitio Santa Clara. Y como vieron los de aquel paraje que ya tenían más tiempo de gozar de nuestra doctrina, por hacer participantes también de su dicha a sus vecinos, les enviaron aviso aquella noche y por la mañana llegaron treinta y tres almas, que no debían de vivir muy lejos, y todos sin recelo ni miedo, antes con mucho amor, se venían a nosotros admirando nuestro traje, estilo cariñoso y agasajo que experimentan y reconocen por las dádivas de dijes, de agujas, abalorios, cuchillos y lo demás que ya se ha dicho repartimos siempre en señal y muestra del afecto. También hizo el Señor en estos especial moción; porque motivado de haberme preguntado uno de los que parecían de más capacidad qué hacía estando yo rezando

en el breviario y qué significaba o qué era una estampa de Jesús, María y José que tenía por registro en el breviario, tuve ocasión de explicarle los Divinos Misterios, a que se juntaron luego todos. Sucedió lo que con los otros de suspiros y lágrimas y cuando acabé, me dijeron: que me quedase allí a enseñarles, que en su vida no habían oído cosas semejantes y tan buenas, que me quedase e irían luego a cortar madera para hacer iglesia, y aunque les ponderé mis ocupaciones, instaban no obstante y porfiaron por gran rato que les dijese que me quedaría, para ir luego a empezar el rezo para hacer iglesia antes de irse a sus chácaras: *parvuli petie runt oanem et non erat qui frangeret eis: messis quidem multa, operarii autem pauci.*

Este día pasamos en balsas a ver el río de Perené que entra en Eni como se ha dicho a mano izquierda mirando al norte a donde corren sus aguas; tomamos alguna gente en una hermosa isla verdaderamente deliciosa de arboleda, capaz, alta y segura para una fundación o presidio, que con solo apoderarse de este paraje se rindiera toda la tierra, porque es la puerta y llave de todo el gentío que hay a la otra bande de la cordillera, porque por este boquerón de la cordillera y ríos es todo el trajín y comercio, así de sal del cerro dicho a los principios como de la sal codide de conchas que llevan de otras partes, y todas las herramientas y cosas que les pueden entrar de acá fuera por cuantas bocas y entradas hay desde Apurímac hasta el Cerro de la Sal dicho, que son muchas y todas con sus arroyos y ríos van a dar a Eni y han de pasar por dicha isla. Llegamos a la punta por donde desemboca Perené y colocando una hermosa cruz, por ser del día del glorioso mártir San Lorenzo, le llamamos el río de San Lorenzo. Todo este día nos entretuvo gustosamente divertidos lo hermoso de aquella tierra que tiene mucha similitud a los valles en los ríos grandes, playas y arenales, en las orillas mucha caña brava y pájaro bobo muy crecido, muchas aves de las de por acá, palomas torcaces, tordos, corregidores, garzas, paujiles, pavas de diversos géneros, patos reales y patos caseros, que señores del monte gozan de su libertad; halcones y águilas reales y otros muchísimos pájaros de la montaña de varios y hermosos colores, el monte limpio de arbolitos, matas o ramasones, sólo le visten gruesos y crecidos árboles, muchos cedros, nogales, robles y sauces y estos no los he visto en otra parte de montaña. Palmas hermosísimas y diversos géneros, que las más dan sabrosos y distintos frutos con que sirven al apetito de aquellos naturales, y acompañan a la mucha diversidad de frutas que ofrecen los demás árboles, de las que por acá tienen paltas, pacaes, piñas, papayas, caña dulce y mucho plátano. Pueblan la tierra casi inmensa diversidad de animales, unos nocivos, otros propicios a la naturaleza humana, muchas fieras, tigres, leones y algunas sierpes: este año maté una en esta otra parte de nuestra montaña que era fiero animal, aunque pequeño; de los demás que les sirven al sustento hay muchos, antas, saginos, puercos de monte, venados, servicabras, muchos monos de diversos y varios géneros, marimondas muy grandes, un rastro suyo medimos en aquellas playas de arena que tenía más de tercia larga, que nos

admiró dudando si era del algún gigante, por la similitud que tiene con la planta humana; la tierra es muy seca y arenisca, donde se criaran bien viñas y todos los géneros que se dan en los valles. Limpia y despejada de nubes que le dejan gozar con asiento los tiempos; sólo tres meses llueve en el invierno; los cerros, como reconociendo su fin y remate, son bajos y pequeños, dando lugar a que la bañen los nortes, y desde medio día corren muchas brisas. Participa como tan vecina de la última cordillera de los temples y yelajes de la otra parte, pues (de donde quiera que se descubre, aún desde la sierra) se ve que de aquella cordillera para acá está el cielo oscuro y lleno de nubes todo el año; mas de allí para dentro es claro y blanco, mezclado con un encarnado o rosado que constituyen un color exquisito y muy hermoso.

Es tierra muy fértil y sana, muy propicia a la naturaleza, sólo allí he visto viejos de canas en toda la montaña. Los naturales que cría acreditan la fertilidad de su patria, porque son aunque corpulentos bien hechos, robustos y fornidos (a modo de los chilenos), graves en el aspecto, pero afables en su trato con algo de política y punto. Pues sucedió cuando íbamos a esta tierra que en un río grande que se había de pasar en balsas, aquel indio cacique o curaca oculto que dije que tenía nombre de Atalaya, mandó a otro indio traer la balsa y repasándola y asegurándola muy bien, con muchos comedimientos me rogó subiese en ella y él echó mano del remo sin permitir que otro ninguno subiese y luego que me puso en la otra banda, saltó conmigo en tierra, soltando remo y balsa, que debía de ser menos valer de su persona el volverla, y fue necesario viniese a nado un indio para llevarla.

Tocónos a recoger el sol, con su despedida pasamos otra vez a Ení para llegar al de nuestra hospedería de Santa Clara, donde hallamos nueva gente que había venido a vernos del monte adentro; no sé dónde vivían, sólo sé que cuando entrábamos por el monte a cazar, hallábamos muchos caminos que se cruzaban muy trillados y el tiempo que allí estuvimos (aunque poco) todos los días venían gente de nuevo, que acariciábamos con los agasajos acostumbrados y ellos correspondían con pescado fresco y bueno, alguna fruta, como piñas y plátanos, con que significaban su agradecido afecto. Aquella noche les enseñamos a todos a cantar el *Alabado*, que aprender mejor lo que es cantado, porque son muy inclinados al canto y amigos de música. El día siguiente nos festejaron llevándonos a pescar, que es un rato de divertimento gustooso, si bien allí es muy breve y dura poco el recreo, porque como es tan abundante y rico de muchísimos géneros de peces el río, luego se llega a las puertas de sus orillas, apenas siente el anzuelo que le pide, ofrece libertad, de lo que tiene sin escasez; porque son muy crecidas sus dádivas. Aun no tardamos media hora cuando volvimos a casa tan cargados que sumergía la balsa un pescado solo que trajimos: tenía dos varas y carta de largo (que lo medimos con el bordón y palmos), tres cuartas de ancho o a través y media vara de alto o de grueso. Lo restante del día lo ocupamos enseñando a aquellas miserables al-

mas y a ratos nos divertía la escopeta en el monte a que gustoso iban los infieles, admirando ver caer tan de improviso en el suelo el ave sin vida y ponderando cuan de repente se revolcaba en su sangre el animal en la tierra. Tratamos de irnos porque nuestro indio enfermo ya estaba bueno, como lo estuvo desde el día siguiente, a que se fueron los indios de abajo; y aun siempre lo estuvo según él confesó dos años y medio después de esto; digamos ahora la causa antes que nos vamos, porque después no habrá tan buena ocasión de referirlo. Este indio sería de 20 a 22 años, de lindo natural y tanto amor nos tuvo que se salió a la sierra con nosotros (aun siendo infiel) ni quiso volver a su tierra ni apartarse de los religiosos hasta que se lo llevó Dios, que fue el año pasado de 1681. Bautizámosle con otro adulto en la Concepción de Jauja con mucha solemnidad. Salió tan buen cristiano que se aplicó a aprender a leer por saber bien la Doctrina Cristiana, de que no ignoró oración ninguna y el Perfecto Cristiano lo sabía casi todo de memoria, porque no le caía de la faltriquera a donde quiera que iba. Inclínose a ser sacristán y ayudaba una misa rezada o cantada con todas sus ceremonias como pudiera un corista experto y cuidadoso; era su centro la sacristía y la iglesia, donde dos veces al día, por la mañana y a la noche, se recogía a oración mental los días de comuniones, que las frecuentaba todos los domingos y las fiestas principales, se quedaba en la iglesia en más prolongada oración, instándole que me dijese qué hacía en todo aquel tiempo; me respondía: considero a mi Dios, a mi Señor y a mi Padre que se ha entrado en mi pecho, que ayer era esclavo e hijo del demonio y ahora está todo Dios en mi corazón llenándolo y llenando mi alma y arrojándome a sus pies le pido por aquellos pobres mis compañeros que ayer me vi como ellos, que use de su misericordia, no se condenen tantas almas. Esto mismo me repitió varias veces que le examiné. Este, pues, y estando de virtud le dijo al Padre Predicador fray Alonso Zurbano de la Rea (y a mi en distintas ocasiones) que había abajo de la Cordillera rey a quien nuestra gente llaman Gabeinca, que él era de abajo del pueblo Masarobeni, uno de los dos ya dichos que están pasada la cordillera; que siendo mozalbete se salió y se había venido a los Anapatis y luego a los Quintimiris y de ahí a Santa Cruz a vivir con los Padres y que nos fue acompañando (cuando hicimos el viaje que estoy refiriendo), porque no supo la intención de los indios que habían venido por nosotros hasta que llegamos a los Quientimaris, donde oyó y supo de cierto que habían traído orden del rey Enim o inga para que con toda sagacidad, instancias y ruegos procurasen que llegase yo a la casa y pueblo de aquel curaca que es Atalaya, que avisaba de todo y que desde allí me llevasen cargado donde digo, aunque no quisiese, donde tenía prevenida harta gente para que me llevasen; decía que le parecía que habían de llevar. En cuándo, Dios lo sabe mejor y pues no lo permitió, no debía de convenir; aún no sería tiempo; decía que de aquellos veinte o diez y ocho que decían que eran de abajo, los seis eran de la misma ciudad del Rey, que venían para que desde que me embarcase le fuesen avisando de dos en dos (y así fue que cuando nos embarcamos salieron dos por delante en una balsita y

no los vi más y preguntando en la hospedería de Santa Clara, me dijeron habían pasado allí cerca a dormir) y que los demás unos eran del Curaca Atalaya, otros de Masarobení y de Pichasati.

Esto dijo dicho indio de allí a dos años y medio, cuando ya no se le podía dar remedio. Dios se lo dará cuando convenga y fuera tiempo. Conocí que miradas las circunstancias desde que vinieron los indios dichos de abajo a llevarme confirman esto mismo y declaran la intención que entonces no se conoció. Lo primero, aquel aguardar mes y medio en el pueblo tan apestado, cuando huyen ellos tanto de los enfermos, que dejan los padres a sus hijos y los hijos a sus padres. Ni fue amor, pues aun el de nuestro Curaca Tonté, tan experimentado, se retiró a su chacara en la ocasión de dicha peste; también aquel ahinco de pasar dos de ellos a buscarme hasta la puna, siendo de tan abajo, que el uno era la misma ciudad del Rey, el otro del Curaca Atalaya; aquel no dejarme el uno pasar hasta la sierra y doctrina de Comas; no querer volverse sin mí, aun instándole muchas veces, porque se me ofrecieron detenciones; aquel ocultarse el Curaca; aquel señorío y modo de aquellos indios, que a la verdad hacían diferencia a los demás, como lo hacen en las ciudades los caballeros a los plebeyos y los cortesanos a los villanos. Finalmente de que tienen Rey y muy poderoso y que está muy cerca de este paraje y Cordillera; parece cierto, pues se ha averiguado con particular cuidado y modo especial que Dios me ha concedido para con esos indios y sobre todo lo que vio aquel religiosos por sus ojos a los principios ya dicho. Este verano que pasó de 1681 salieron también por mí y me instaron a que fuese, mas hallándome solo dejé de ir, porque fuera antes perder que ganar, pues de ir y no volver (que era lo más cierto) solo se siguiera el que no pudieran entrar más ministros, por no saber de mí ni adonde habían de ir y se perdía todo. Hoy está la puerta abierta para entrar con modo y disposición cuando fuera la voluntad de Dios. Asegúranme los indios no haber más que diez o doce días; que el pueblo o ciudad no puede la vista alcanzar a ver el fin. Diéronme noticia de la gran nación de los Omaguas, que se sigue inmediata a dicho Rey, populísima y grande, que hacen frontera a los españoles; y estos se han apoderado y fundado una ciudad que dicen es muy grande, y por haberme mandado Vuestra Excelencia pusiese en este escrito con expresión esta noticia y el juicio que hago en ella; el ejecutar es mi obediencia.

Digo, Señor, que esta noticia de que hay españoles situados abajo la he tenido repetidas veces. Una vez trajeron los indios de abajo un niño muy blanco, sarco y rubio que parecía inglesito; esta vez que vio español estando conmigo fue a un manchego, corpulento, de poblada barba, bigote ancho y grande (como era la usanza antigua y como de ordinario son los portugueses), así que lo vio el dicho niño, dijo ¿por dónde vino éste (juzgaba había salido de abajo), no vino de adentro?; como este, como este, decía con mucho

no los vi más y preguntando en la hospedería de Santa Clara, me dijeron habían pasado allí cerca a dormir) y que los demás unos eran del Curaca Atalaya, otros de Masarobení y de Pichasati.

Esto dijo dicho indio de allí a dos años y medio, cuando ya no se le podía dar remedio. Dios se lo dará cuando convenga y fuera tiempo. Conoció que miradas las circunstancias desde que vinieron los indios dichos de abajo a llevarme confirman esto mismo y declaran la intención que entonces no se conoció. Lo primero, aquel aguardar mes y medio en el pueblo tan apestado, cuando huyen ellos tanto de los enfermos, que dejan los padres a sus hijos y los hijos a sus padres. Ni fue amor, pues aun el de nuestro Curaca Tonté, tan experimentado, se retiró a su chácara en la ocasión de dicha peste; también aquel ahinco de pasar dos de ellos a buscarme hasta la puna, siendo de tan abajo, que el uno era la misma ciudad del Rey, el otro del Curaca Atalaya; aquel no dejarme el uno pasar hasta la sierra y doctrina de Comas; no querer volverse sin mí, aun instándole muchas veces, porque se me ofrecieron detenciones; aquel ocultarse el Curaca; aquel señorío y modo de aquellos indios, que a la verdad hacían diferencia a los demás, como lo hacen en las ciudades los caballeros a los plebeyos y los cortesanos a los villanos. Finalmente de que tienen Rey y muy poderoso y que está muy cerca de este paraje y Cordillera; parece cierto, pues se ha averiguado con particular cuidado y modo especial que Dios me ha concedido para con esos indios y sobre todo lo que vio aquel religiosos por sus ojos a los principios ya dicho. Este verano que pasó de 1681 salieron también por mí y me instaron a que fuese, mas hallándome solo dejé de ir, porque fuera antes perder que ganar, pues de ir y no volver (que era lo más cierto) solo se siguiera el que no pudieran entrar más ministros, por no saber de mí ni adonde habían de ir y se perdía todo. Hoy está la puerta abierta para entrar con modo y disposición cuando fuera la voluntad de Dios. Asegúranme los indios no haber más que diez o doce días; que el pueblo o ciudad no puede la vista alcanzar a ver el fin. Diéronme noticia de la gran nación de los Omaguas, que se sigue inmediata a dicho Rey, populísima y grande, que hacen frontera a los españoles; y estos se han apoderado y fundado una ciudad que dicen es muy grande, y por haberme mandado Vuestra Excelencia pusiese en este escrito con expresión esta noticia y el juicio que hago en ella; el ejecutar es mi obediencia.

Digo, Señor, que esta noticia de que hay españoles situados abajo la he tenido repetidas veces. Una vez trajeron los indios de abajo un niño muy blanco, sarco y rubio que parecía inglesito; esta vez que vio español estando conmigo fue a un manchego, corpulento, de poblada barba, bigote ancho y grande (como era la usanza antigua y como de ordinario son los portugueses), así que lo vio el dicho niño, dijo ¿por dónde vino éste (juzgaba había salido de abajo), no vino de adentro?; como este, como este, decía con mucho

ahinco, hay muchos en mi tierra y sus casas son grandes y con viviendas en los altos (que señalaba con las manos), lo mismo decían los indios dichos que salieron el año pasado y todos los que vienen de la tierra de adentro lo afirman y muchos dijese que de allá traen que los naturales llaman Castela por decir Castilla, lo aseguran porque son cosas de torno (que los indios no tienen), cuentas de hueso curiosamente labradas, lentejuelas de perlas a modo de ruedecitas torneadas; las herramientas no pasan por la necesidad que de ellas tienen y el que alcanza una nunca la suelta. También hace a la noticia que los Quientimiris y los Quientimarís vinieron algunas veces a pedirnos amparo y seguro de alguna carta o papel que los españoles que venían río arriba y con negros (según les habían dicho los indios de más abajo) los mirasen como a hijos nuestros. Estas son las noticias que hemos tenido de que hay españoles adentro.

El juicio que hago, Señor, es decir que siendo esto como dicen que hay españoles abajo, me parece serán los Portugueses: fúndome en que cuando se entró a tomar posesión por parte de la corona de Castilla del gran río Marañón, en que volvieron los Portugueses segunda vez entonces a navegarlo, se reconoció un río que careadas bien las noticias aseguran ser este de Eni en que estamos, y abajo le llaman Yetaú, tan caudaloso como rico de oro, cuya abundancia probaban bien las planchitas de dicho oro que traían pendientes y colgadas la mucha gente que habita sus márgenes, como refiere el R.P. fray Diego de Córdova y Salinas en el libro 1, cap. 34, fo. 206 de su Crónica Franciscana del Perú. Habiendo visto tanto oro (que es el cebo de las conquistas) y estando ellos tan cerca, en el cabo de esta tierra en el Brasil y Paraná, sin embarazo de cordilleras, antes sí mucha facilidad de embarcaciones, pues ofrece la montaña madera, jarcias, lomas y cuanto se necesita para armar una nao; es de entender pueden ser portugueses dicha gente. Y si tomó Castilla posesión del Marañón, digan tomémosla nosotros de este otro río, que con sus riquezas nos brinda y aunque tomase Castilla la posesión de todos los ríos, parece no embarazara a quien se desembarazó de la obediencia y más cuando Castilla no habita amparando aquellos parajes ni se sabe que por alguna parte están situados nuestros españoles la tierra adentro. Hace también que aseguran los indios hay Padres Religiosos de mi Padre San Francisco con dichos españoles y cuando yo les explico algún misterio de nuestra Santa Ley dicen luego: esto mismo es lo que dicen que enseñan los Padres ahí adentro; lo mismo dicen cuando les proponía los mandamientos de la ley de Dios, explicándoselos en su idioma. Siempre dicen: esto mismo enseñan los Padres de adentro, que así nos lo dicen los indios de abajo, de suerte que me persuadí a decir desde entonces: o fray Matías de Illescas está vivo, o alguno de los compañeros (son los que se alojaron por el río de la Sal, como queda dicho), o son Religiosos del Brasil y entonces aún no teníamos las noticias que hoy y ya he referido de los españoles que dicen; este es juicio solo, digo lo que siendo y refiero lo que sé obligación precisa de mi lealtad y efectos de mi

obediencia al precepto de Vuestra Excelencia por lo que pueda importar al Servicio de su Majestad.

Quedó la historia en que como nuestro indio que se fingió enfermo estaba ya a nuestro parecer bueno y como no podíamos pasar adentro, por no tener con quién, atendiendo a las fundaciones que teníamos con los nuestros y lo demás que se ha dicho que pedían asistencia, nos despedimos de nuestros huéspedes de Santa Clara de los Quientimaris. El día de la gloriosa Santa Clara, doce de agosto, llegamos a los Quientimiris y el Curaca Mabioyendi dicho repitiendo sus ansias instaba por religiosos; prometimos volvería el compañero lo más breve que se pudiese y mientras podían prevenir las maderas para la Iglesia y las chacras de comida para la gente. Diéronos diez indios que nos acompañasen hasta nuestro pueblo de Santa Cruz del Espíritu Santo; no hubo cosa que notar (aunque encontramos algunos indios en el camino y muchos caminos bien usados por lo trillado) que fuese de importancia, mas que el día antes que llegamos a dicho pueblo, supimos que había un enfermo, pero que estaba apartada del camino la casa. No fue poca dicha venciesen los ruegos a un infiel que venía por allí para que siquiera desde lejos nos mostrase la casa (porque adonde hay enfermos no hay que llegar por cuanto tiene el mundo), hallamos una miserable india enferma en una casa pequeña, tan sola que ni un muchacho tenía que le alcanzase el agua o la comida; catequicela y bien instruída (cuando se pudo en la ocasión) la bautizamos y encomendándola a su Patrón San Jacinto (cuyo nombre le pusimos por ser su día) proseguimos nuestro camino dando gracias a Dios que dio tan buen fin al viaje haciéndolo feliz, pues ganamos un alma que es para Dios un Reino. Supe que murió el mismo día que la bautizamos por un indio que envió luego desde el pueblo para que le asistiera.

Despachamos a los indios que nos acompañaron, remitimos al curaca Mabioyendi doce hachas y doce machetes para hacer las rozas de la fundación que prometió, señalándose para que volviesen por ministros el fin del mes siguiente, en que habríamos ya acudido a los fervores de los demás indios vecinos y habrían llegado religiosos que en breve esperábamos; porque había venido a esta ciudad el Hermano fray Fernando de Ojeda a dar quinta a los superiores y solicitar obreros para la copiosa mies del Señor, que al abrigo de los Ministros se juntaba y ansiosa por gozar puras las aguas de nuestra Santa Ley que dan vida eterna, despreciaban los cenegales de su ciega gentilidad en los ritos y usos de su infiel barbarismo, que los encaminaba a la eternidad de penas, bramaba el enemigo viéndose tan de vencida y despojado de las almas en que tenía tan antigua y segura posesión. No es decible el sentimiento, ya se supone: *Cum fortis armatus custodit atrium suum, in pace sunt ea quae possidet; si autem fortior eo superveniens vicerit eum, universa arma ejus auferet et spolia distribuet* (Luc. 11, 21-22). Digo que bramaba, porque

le hemos oído así religiosos como indios y son testigos todos los de la frontera de Andamarca, que por aterrorizarlos cuando nos acompañan hasta la entrada y ceba de la montaña, han oído grandes y espantosas voces como si gritara algún hombre y terribles aullidos como si fueran de algún animal horrible en aquella puna que ninguna fiera habita ni aun casi pájaros la acompañan. Y entre los infieles es ya asentado que cuando muere alguno, grita con silbidos que penetran y llaman ellos Zacinti, despertando aún al de más pesado sueño con lo agudo y horrible de sus gritos. Desde que entramos a esta tierra tocó alarma con los clarines de su dolor en roncadas voces en que inducíamos la palabra que hasta hoy mantiene.

Al tercero o cuarto día de recién llegado a aquella tierra reparé una mañana que estaban todos los indios sentados en hilera, las caras al nacimiento del sol como con atento cuidado de quien aguardaba; tuvelo yo de ver al fin; y advertí que así que asomaron los primeros rayos del sol, todos con especiales ceremonias le saludaron y con veneraciones a su modo le rindieron adoración. Corregiles el engaño, advertiles lo que era enseñándoles la verdad que. *soli Deo honor et gloria*, estimáronlo mucho y hasta hoy no les he visto quebrantar; reventando de cólera el enemigo dio aquella noche tan estupendos bramidos y gritos, que despertó a todos los indios, así infiel como cristiano que habían entrado con nosotros. Estuvimos quietos juzgando ser entre los indios los gritos, mas para mayor confusión del enemigo: *infirmus elegit Deus ut confundat fortia* (1 Cor. 1, 25), movió Dios a un infiel que sacando de la Iglesia la pileta del agua bendita y revestido de fe, como pudiera un católico, se entró al monte donde salían las voces y aspegeándolo todo con agua bendita, diciendo "Alabado sea el Santísimo Sacramento del Altar; Jesús, María y José" lo aventó corrido, que no se atrevió más con aquel género de desmesuradas voces, sino sólo el Zacinti cuando mueren. Por la mañana nos refirieron todo el casi y osadía del indio, y preguntándose a él mismo, dijo: es verdad, yo le eché agua bendita para que se fuese, porque como cuando hacéis de noche la procesión (era la Doctrina con los muchachos cantando el "Alabado" alrededor del pueblo) que vais echando agua bendita en las casas y decís que es para evantar al demonio, por eso cuando gritó le eché agua bendita y se fue luego.

De creer es haría cuanto le fuese permitido, pues no pierde poco en perder la posesión de tantas almas; por una sola que interesara se conjurara todo el infierno para llevarla; donde perdía tantas ¿qué haría?. Más qué no hará por estorbarlo siempre. Pasando en una ocasión un río tres indios en una balsa en que llevaban un religioso lego de mucha virtud (también se halló un español por testigo de este caso) oyeron unas voces (en lengua de los indios) como detrás de las balsas, volvieron la cara asustados y no hallando el Dueño que las articulaba, preguntó el religioso qué decían aquellas palabras; dijeron los indios afirmativamente: es el Demonio y dice que no vayamos contigo,

que nos hemos de morir todos. Iban en busca de otras almas y no se lo pretendía embarazar sus pasos, sino que intentaba rabioso despeñarlos en lo rápido de aquellas mareas, pues certifican los referidos que al volver del susto, se hallaron arrebatados de la corriente y a no ser tan presta la viveza del indio que iba delante de la balsa, que saltó a un peñón que les ofreció la dicha y les previno Dios, hubieran perecido todos.

Si esto (y mucho más que no se puede referir todo) hace al descubierto manifestando su vencimiento, publicando su odio, ¿qué hará en lo oculto?; ¿qué de sugerencias?, ¿qué de engaños no pondrá en los corazones de aquellos bárbaros? Ya valiéndose de acasos, ya de sus ministros los hechiceros, ya de la misma naturaleza sentida de perder su antigua libertad a los vicios y gentílicas costumbres, hecho el resto a su poder (porque se lo permitía Dios) moviendo a los indios que habitan por aquella parte del Cerro de la Sal para que matasen a los Padres que habían entrado por Quimiri. Con que adivinó también esta otra entrada de Santa Cruz de Espíritu Santo (de Sonomoro) que hasta ahora lo llora por origen de sus desdichas. Referiré por hacer a esta historia el suceso de las muertes según he sabido y puedo decir sin rebozo. Soy el que más puede saber en la materia, así por haberme adelantado tanto el Señor en la lengua de aquellos naturales como por haber andado más que ningún Ministro y haber investigado la materia con todo cuidado a que he ido cuatro veces hacia aquella parte, sin intentar pasar a ser cronista de la Conversión de Quimiri, porque ignoro lo admirable que tendría de singulares casos ni he sabido el número de la gente que bautizaron.

En este mismo verano de 1674 los Religiosos obreros del Altísimo Señor que entraron por Tarma y fundaron el pueblo de Santa Rosa de Quimiri, no pudiéndose contener su abrasado celo en lo dilatado de aquellos parajes, de donde recogieron como flores las almas de que compusieron el ramillete de dicho pueblo, siendo aún estrechos límites para el mucho fuego, que como en erario seguro depositó Dios en sus pechos, buscando nuevas ensanchas para desahogar su espíritu, determinó el Padre Predicador fray Alonso Robles, Presidente de la Conversión, que el Padre Predicador fray Francisco Izquierdo con el Hermano Andrés Pinto fuesen a fundar a Pichana, por ser el conmedio entre Quimiri y Santa Cruz del Espíritu Santo y nos pudiésemos ayudar a unir las dos puertas en una conversión, ordenando que en dicho sitio se formase un pueblo de la mucha gente que dicho Padre Presidente había visto el año antecedente que estuvo en todos aquellos parajes, donde sus naturales simulando el odio que tenían a los religiosos fingían cariño y afectaban deseos de tener Padres que los enseñasen, y no eran sino ansias de beberles la sangre, (pues) habían quedado sedientos de sangre franciscana desde que derramó su crueldad la de los Padres fray Cristóbal Larios y fray Jerónimo Jiménez.

Con esta simulación, pues, habían salido los indios hasta Quimiri para llevar a los religiosos dichos fray Francisco Izquierdo y el Hermano Andrés Pinto, quienes encendidos en el amor de Dios y del prójimo, deba del seguro de tantos cariños y paliados deseos se entregaron como corderos humildes a aquellos lobos crueles en piel de oveja encubiertos "sub ovina pelle". Gozosos llegaron al río y se les podía dar parabienes con el deseado día de hacerse a la vela para ir a la tierra de adentro, embarcándose en el río de Quimiri, donde juntos el río de Tarma y Chanchamayo, el de la doctrina de Comas y otros constituyen todos el río de Perené, dejándose navegar en balsas desde Quimiri para irse a juntar con el río de la Sal. Prevenido, pues, ya todo, las balsas dispuestas, todos en la playa y la gente que los había de llevar, aguardando a la lengua con los remos en las manos, se estuvieron dichos. Padres por un gran rato (contaba dicho Padre Presidente fray Alonso Robles que los acompañó al río y no se apartó de ellos hasta que los perdió de vista) de rodillas, vertiendo copiosas lágrimas de gozo, besando aquella tierra, abrasando aquellas márgenes. Se despidieron para siempre de aquellas playas, parece (decía dicho Padre Presidente) tenían segura la feliz suerte que les esperaba y que iban a regar con su sangre la sequedad de aquel gentilismo. Pues después de haber hecho con grandes prevenciones todas las diligencias debidas como verdaderos religiosos, las rodillas en tierra devotamente postrados, con humildes súplicas pidieron perdón a todos del mal ejemplo que hubiese ocasionado su poco espíritu. Qué humilde es la verdad: en el árbol de perfección el fruto es la humildad, que la flor de su hermosura de la raíz le ha de nacer: *et flos de radice eius ascendet* (Isa. 11, 1). Rogaron al Padre les diese su bendición y les concediese la absolución e indulgencia plenísima que tenemos los Religiosos para el último artículo y la que tienen los Ministros del Santo Evangelio. Diéronse tiernísimamente los últimos abrazos, diciendo el Padre Predicador fray Francisco Izquierdo: estos serán los últimos, Padre Presidente, adios, que ya no nos veremos más: *amplius non videbitis faciem meam*. Terrible sentencia para dos hermanos tan unidos. Tierno el Padre Presidente y la gente toda sollozando suspiros, se podía decir: *magnus autem fletus factus est omnium dolentes, maxime in verbo quod dixerat quoniam amplius faciem eius non essent visuri* (Act. Apost. 20, 38). A los dos día o tres llegaron a los vecinos del sitio de Pichana y corriendo la voz que habían desembarcado Padres, se juntaron todos los demás serranos y curiosos de tan preciosa margarita que afectaban ser lo que más deseaban y podían estimar: tener Padres, alegando cada parcialidad en su abono por llevárselos a sus sitios. Convinieron en un medio, que fue elegir un sitio en medio de unos y otros, y este se llamaba Pichana, donde participasen y fuese de todos el tesoro de aquella joya, y no se llevase ninguno la gloria de poseerla ni fuese mejorado en posesión por el hospedaje.

El que parecía querer sobresalir a todos en los cariños y agasajos y exceder en la asistencia a los Padres fue un indio llamado Mangoré, que entre los

suyos era curaca, o hacía cabeza de parcialidad. Este indio era cristiano bautizado juzgo que en Vitoc, que es a un lado de Tarma, por donde hay otras bocas o entradas a la montaña, como son Mayo, Uchubamba y otras, que todas van a dar a dichas partes, por donde así los indios serranos como españoles y mestizos que trajinan por aquellos parajes suélese bautizar con poco temor de Dios, sin conciencia, sin saber lo que se hacen, ni lo que necesita para el Santo Bautismo, que es materia lastimosa y digna de todo remedio, por el daño que causa así a los Ministros que los imposibilitan, como a las almas de los infieles, pues se quedan peores e irremediables porque entiende el infiel que con solo bautizarse le basta para salvarse y así no sólo no busca más pero aun siente que le enseñen lo que debe hacer; a muchos ni aun les queda el nombre que les pusieron en el Santo Bautismo; uno de esos era el tal Mangoré y tenía tres mujeres, cosa que en esta nación en su gentilidad se tiene por demasía pasar a tener dos, y estos son raros y muy notados de ellos mismos; ¿qué sería ver tres en un cristiano?

No se pudo ocultar esto del cuidado y abresado celo del Padre Predicador fray Francisco Izquierdo, pues era tan pública, que pudo llegar hasta Santa Cruz del Espíritu Santo la noticia, estando aun cinco días de distancia la tierra más adentro, y más que ya vivía dicho Mangoré con sus familias donde los religiosos asistían y era preciso viese el Padre con sus ojos lo que decían todos. No hay necesidad de decir los caminos, los medios que dicho Padre eligió para remediar aquella alma, amonestándole a solas con cariños, con lágrimas, con ruegos, que ello se deja entender de quien conoció la mucha capacidad del Padre Izquierdo. No había menester ni aun tanto Mangoré para reventar el volcán de su pecho; pues ya sus tibiezas y descuidos en la asistencia indicaban lo dañado de su voluntad. Haciendo las diligencias por averiguar bien el suceso hallé algunos indios que hay viven en Satipo junto de nuestro pueblo que se vinieron de hacia aquella parte de Pichana, donde vivían cuando mataron a dichos Religiosos. Dicen, pues, estos indios que Siquincho, cacique del Cerro de la Sal a quien respetaban y temían todos por el interés de la sal, habían enviado orden a Mangoré dicho Siquincho pidiéndole con muchas instancias matase a los Padres, de que recibiría especial placer y gozo. Con esto el dicho Mangoré deseando ejecutar los intentos de su depravada voluntad se hacía todo a las furias. El cariño de los religiosos era ya para su corazón veneno, las tiernas amonestaciones eran llamas, que acababa en cólera. Un día, pues, repararon los dichos indios que lo refieren (especialmente uno llamado Sambate, que estaba presente y dice lo notó todo), dicen que salió dicho Mangoré de la casa de los Padres hecho una fiera, brotando (como se debe decir) fuego por los ojos, descubría el volcán de su pecho vivo "Etna" abrasado en incendios de su ira y escupiendo furias a un lado y a otro (esta es cierta y ordinaria muestra cuando están muy enojados), sacudiendo la larga melena de su cabeza a una y a otra parte daba a entender cuan desmedida era su rabia. Todo aquel día no comió bocado (bien tenía

que digerir en su enojo), ocupólo en convocar a los suyos, solicitó los que pudo contaminar la ponzoña de su venganza animándoles a que se estuviesen prevenidos para la hora que tramaba su ingratitud sacrílega, ejecutar la crueldad de su odio.

Criaban los religiosos un niño de 12 años poco más o menos, hijo de la misma nación, que por asistir y estar con los religiosos, había dejado a sus padres naturales a imitación de San Antonio y San Luis Japones, niños que en víctima sagrada ofrecieron sus vidas al martirio por acompañar a los santos religiosos que fueron sus espirituales Padres; así este angelito despreciando la libertad gentilica que le brindaba con ocio y descanso entre sus mismos padres, dando de mano a las conveniencias y regalos de su patria y al natural amor de su parentela, ofreció gustoso y liberal su sangre en holocausto en compañía de dichos religiosos y fueron felices en merecer ver también lograda su enseñanza y llevar por presente a las bodas celestiales el alma de aquel ángel como fruto de sus trabajos.

¿Si advirtieron el dichoso fin que se les prevenía o no? Esta en opiniones. Algunos dicen que tuvieron bastantes indicios para alcanzarlo o que avisaron algunos afectos (que aun entre infieles no faltan donde quiera hay de todo) y que los vieron estarse todo el día en la iglesia a dichos Religiosos suspirando en tiernos coloquios; sería bien se deja entender de aquellos corazones abrasados, las gracias, los loores y alabanzas que ofrecerían a Dios viendo ya tan de cerca el término de sus ansias, la felicidad de su suerte, pues merecían dar la vida por la exaltación de la fe, morir por nuestra santa ley firmando con su sangre la verdad y pureza que predicaban. Con soliloquios tiernos excitarían el fervor de sus almas, con amorosas lágrimas se darían recíprocamente los últimos abrazos. Otros dicen que estaban descuidados y no previnieron el suceso; no hay descuido en quien no tiene seguridad. Aunque no advirtiesen el caso, siempre estaban prevenidos, pues vivían entre bárbaros, donde no hay hora segura y siempre se vive en zozobras, en riesgos, en peligros; porque ni firmeza ni lealtad ni amistad hay en aquellas fieras racionales, que suelen aun los que se muestran más amorosos hijos y más leales amigos convertirse en venenosas serpientes.

Llegó la noche tan deseada de aquel sacrílego y depravado Mangoré, recorrió los suyos y animados de su bárbara impiedad, armaron arcos, eligieron flechas, previnieron macanas (que hacen de fuerte chonta) y como si fueran a rendir una muralla o a ganar alguna ciudad fuerte, así salieron de armados. O como fariseos el prendimiento, pues por linternas llevaron estos hachones de paja encendida. De esta suerte, pues, furiosos y prevenidos embistieron a la indefensa humildad de los religiosos aquellos sacrílegos lobos. Entró por delante Mangoré bien estirada la cuerda de su arco en que había puesto una tan cruel como fuerte flecha en que fiaba la seguridad del tiro su robusto brazo,

acompañábale otro indio con un mechón que le alumbraba (de mejor luz necesitaba quien iba tan ciego), seguíanle los demás en la misma forma. Sintieron los religiosos el ruido y al irse a hincar de rodillas, abrazados con sus cruces (estilo religiosos dormir abrazado con una cruz) diciendo mil tiernos requiebros, repitiendo el dulce nombre de Jesús (que lo pronuncian y saben muy bien los indios), soltó Mangoré con tanta furia para el Padre Izquierdo de su arco la primera flecha, tan veloz, derecha y fuerte que partiéndole de medio a medio el corazón, dio con el cuerpo adonde estaba Pinto y allí acabó las últimas sílabas del Jesús que estaba pronunciando. Arrójase Pinto a los pechos del Padre o restañar con sus labios la sangre, o a beber como polluelo pelícano del Paterno pecho rasgado los raudales que corría. También acudió desolado abrazándose con sus espirituales padres el niño ya dicho, ansioso de acompañar también en la muerte a los que había asistido en la vida. Tan espesa fue la lluvia de las flechas que disparó la sacrílega furia de los bárbaros, que (en) un imprevisto parecieron todos tres un erizo solo, según estaban de cosidos y unidos con las flechas. Acudieron con las macanas y palos y con cuanto pudo hallar su odio, haciendo pedazos los huesos, por desahogo de su furia y para hacer más pública su furia y más notorio el hecho sacaron los cuerpos de los siervos de Dios como por triunfo de su victoria amarrados con fuertes sogas (que produce en bejucos la montaña) arrastrándolos por aquellos montes hasta que los arrojaron al río. Volvieron relamiéndose en sus furias y como era fuego su cólera, pegaron con él y con los mechones que llevaban en las manos en la iglesia y casa de los Padres, donde el violento elemento en breve resolvió en pabesas los ornamentos, cruces, imágenes, cálices y cuanto topó su voraz llama.

En quieto sosiego se hallará la más furiosa rabia; en gozos, desahogos la más colérica ira si consiguiera aniquilar el objeto de sus enojos, la ocasión de sus pesares. Mas la sequedad bárbara de estos infieles, ni sosiego ni quietud, ni término, hallaba su crueldad, quizá porque no era la causa de su odio la vida solo de aquellos siervos de Dios, sino su doctrina, lo que enseñaban y predicaban. Y como este mismo se halla en todos los Ministros para arrancar de raíz la causa y dar cumplido término a la maldad de su odio, determinó su ciega obstinación quitar la vida a todos los religiosos: *abyssus abyssum invocat* (Sal. 41, 8). Acompañado de cuantos pudo convocar su enojo salió el dicho Mangoré tan prevenido de flechas como armado de furias, tiró para Quimiri a matar primero a los religiosos que allí estaban y cogidas las puertas dar sobre seguro en nosotros que vivíamos bien descuidados adentro. Al tercer día que hubieron caminado, dieron de repente con dos religiosos, el Padre fray Francisco Carrión y el Hermano fray Antonio de Cepeda, que iban a acompañar al Padre Izquierdo en la nueva viña que estaría plantando, deseosos de derramar su sangre por la exaltación de la fe a costa de sus vidas (no hay Ministro del Santo Evangelio que viva sin estas ansias) y lograr un alma, aunque fuera a costa de sus vidas, que ya habían ofrecido a Dios entregándo-

se a su divina Providencia desde que se embarcaron. Al medio día, cuando el sol da de lleno en las hondas haciendo reberverar más sus rayos para que sea más sentido el calor de su fuego, se hacen a tierra los indios (cuando navegan los ríos) y asegurando bien las balsas seestean en el monte mientras aplaca el sol sus ardores. En la playa, pues, del río de Quimiri y a la sombra de su arboleda estaban dichos religiosos fray Francisco Carrión y fray Antonio, cuando llegó Mangoré, y al ver los Padres gente de adentro sin poder retener el gozo (como ni yo puedo detenerme en referirlo, porque ha cortado el dolor los alientos a mi pluma) por abreviar el hablarlos con los brazos abiertos iban a dar a Mangoré y los demás la bienvenida. Halló Mangoré la suya y por no perder la ocasión (que ni aun esperas permitió su odio) hizo la señal a los suyos y al llegar a tiro seguro de flecha (que a este término solo aguardan por no perder el lance) soltaron de sus arcos las flechas con que atravesaron aquellos serafines pechos, haciendo pedazos sus corazones. Arrastraron también estos cuerpos y para que se uniesen a los otros de sus hermanos, los arrojaron al río mismo y que siguiesen aún en la muerte a los que iban buscando en la vida.

Aun con tanta sangre ni se satisfacía Mangoré ni se ablandaba su dureza, ni daba término a su odio. De elefante sería su pecho, pues cobrava nuevas furias, en la misma sangre que vertía sacaba más furiosos rencores su rabia: *Serpentes genimina viperarum, quomodo fugietis a gehennae, ideo ecce ego mitto ad vos prophetas et ex illis occidetis* (Mat. 23, 33). Llegó en fin con sus depravados y sacrílegos intentos a Quimiri, hizo participante de todo el caso a un cuñado suyo; pidióle concurriese él y los del pueblo para matar a los padres, advirtiéndoles que si no convenía con ello venía bien prevenido de suficiente gente (que había quedado en emboscada) para matarlos a ellos y a los Padres, que no había de haber cosa en el pueblo que escapase de su furia. Mangoré era fornido de cuerpo, grande y de terrible aspecto, el cuñado (que se llamaba Tomás y era fiscal del pueblo) era pequeño aunque metido en carnes y de más corazón que indicaba el cuerpo; no oyó bien la propuesta porque quería bien a los religiosos (estaban aquellos indios enseñados, este es el punto principal en las conversaciones, criar, enseñar antes de bautizar). Apechugó con Mangoré, prendióse de sus cabellos donde como si fuera dije se quedó colgado; acudieron los compañeros de Mangoré y todos no pudieron despegarle el tocado; daba gritos Tomás a la gente: la hermana carnal de Mangoré, mujer de Tomás, en un improvisó trajo toda la gente del pueblo, que haciendo de los sacrílegos matadores con palos, macanas y piedras, los hicieron en un momento pedazos; hasta la misma hermana vengaba la muerte de los Padres desahogando su sentimiento con una gran piedra que descargaba repetidamente en la cabeza de su hermano. Estaban los religiosos rezando vísperas y al salir de la iglesia después de acabadas, advirtieron el alboroto, acudieron cuidadosos por si era algún moribundo que necesitaba el santo bautismo; llegaron a tiempo que sacaban arrastrando los cuerpos de aquellos

miserables hechos pedazos, casi sin facción ni figura de hombres, que los llevaban a echar al río: *esdem quippe mensura qua mensi fueritis, remetietur vobis* (Luc. 6, 38). Supieron todo el caso y que estaban en emboscada mucha gente oculta. Viendo, pues, que allí no servían ni podían hacer lo que ya estaba hecho, fueron a disponer lo que pudiera importar. Pasó luego el aviso a Chanchamayo, de donde aquella noche misma entró toda la gente de Chanchamayo a socorrer a Quimiri.

Despachó un religioso el Padre Presidente escribiendo lo que permitía la brevedad que pedía el caso para que nos diesen aviso por el valle de Jauja y que nos retirásemos afuera mientras se sosegaba la tierra y se averiguaba si habría (llegado) a nuestro pueblo el contagio de aquella peste. El dolor y confusión que tuvimos ya de la muerte de nuestros dichosos hermanos, (y lo más de la perdición eterna de aquellos miserables) ya de ver destruída la acción de Dios, ya de dejar sin pastor el rebaño en manos del hambriento lobo, ya de oír los balidos de tanto cordero tierno, de tanto niño inocente: ya el temor de que esparcida por los montes se perdería aquella grey escogida a fatigas y sudores de nuestro cuidado, ya de ver las lágrimas y sentimientos que hicieron aquellos miserables. Conociendo nos salimos todos sin alcanzar la causa, no es decible, pondérole el celo mientras que yo lo lloro. Concurrieron todos a la Iglesia cuando nos despedimos, alegando con tantas razones la justicia que tenían al santo bautismo que hubimos de concederlo a 35 que nos pareció tener causas bastantes: unos por niños, otros por viejos y por enfermos otros, porque bautizar a todos los que quieren es yerro conocido, y es cierto se pierden y no sólo son peores, sino que pervierten a los demás; buena prueba Mangoré y otros muchos que hemos experimentado y casi todos, en consiguiendo el bautismo, se descuidan, se entibian y totalmente entiende que basta para salvarse; y suele dar más pesadumbre y costar más desvelos uno de los bautizados, si no está bien enseñado, que ciento de los infieles.

Retirámonos a la Doctrina de Comas, donde estábamos casi un año hasta que informados los Prelados de la distinción de las dos puertas y que estos indios de Santa Cruz del Espíritu Santo ni les tocaba el alzamiento ni fueron por entonces sabedores de ello, dieron licencia que volviésemos a trabajar con más fuerza de Ministros en la viña del Señor. Pero aunque nos recibieron y salieron por nosotros a la puna con muestras de amor; no fue con aquellas ansias y fervores que el primer año. No se pudo volver a recoger la esparcida grey, que hallándose sin Pastor que los abrigase, se habían vuelto a sus bebederos, a sus gentílicas costumbres en lo retirado e inculto de sus estancias, de donde no querían salir, o por no volver a perder la libertad que habían recobrado con más ensanchas en un año sin ministros, o espantados de las pestes o temerosos de los caminos; ¡oh dolor!, la que fue viña elegida de Dios como faltaron hortelanos al cultivo se llenó de espinas y malezas de su gentilidad: *plantavit vineam electam et fecit labruscas* (Isai. 5, 3).

Viendo los religiosos que la entrada era invencible, que los indios temerosos no se reducían; que los que habían quedado en el pueblo eran pocos, que apenas llegaron a cien almas; los vecinos por las pestes y demás trabajos amedrentados; la tierra toda alterada y sobresaltada desde la muerte de los Padres y esto atajaba los pasos a correr la tierra, que eran las ansias y deseos de los religiosos, y de estar allí sólo se cargaban de achaques de que estaban los más (si no todos) bien agravados y sólo resultaba imposibilitarse para servir a la religión en otros ministerios. Se salieron los religiosos dando parte de todo a los Prelados, que bastaban dos Ministros por entonces para asistir a los del Pueblo.

No fue en vano la entrada ni tiempo perdido ocho meses que se estuvo entonces, porque se bautizaron muchos y algunos con singulares muestras de que fueron granos escogidos para las trojes del cielo. Son algunos de los que se refirieron que por no divertir la atención en los casos admirables los escribí consecutivos, como pedía la ocasión; lo que si no he hecho ha sido el número de los que se han bautizado y los que han muerto con el santo bautismo, dejándolo para esta ocasión pues lo que queda escrito, que setenta almas bautizamos fue en la primera peste que duró hasta diciembre; las que hasta hoy se han bautizado por esta entrada de Santa Cruz del Espíritu Santo, sin las que se bautizaron por Quimiri, són por todos vivos y muertos los que se han bautizado ciento ochenta y tres; de éstos los cuarenta están vivos y los ciento cuarenta y tres espero en la piedad del Señor que le gozan en su gloria.

Conociendo que el total y principal impedimento de esta conversión era la entrada y puerta que imposibilitaba la salud y no era para segunda vez andable, sino echarse a morir el que entrase una vez adentro; procuré darle mejor puerta o entrada. Con este fin fui tres veces por los Andes de Tambo, que están junto a Huamanga, y me embarqué en el río que por allá llaman Marañón, y es el río Eni de Cocharcas ya dicho, y a los ocho días de embarcación me volví, porque está muy adentro nuestra gente, pues me contaban 25 dormidas (que así cuentan los indios sus dormidas) hasta llegar a Santa Clara de los Quientimaris, que se están junto a la cordillera grande de adentro como he dicho. Entré también por los Andes de Huanta y Viscatán; también por Chochangará, por Chiquia y por Sanabamba; diré lo que es este paraje y lo que me sucedió por si se puede dar remedio a aquellas almas que desde entonces las he tenido en mi alma deseando tener modo de dar parte a quien se condoliese de ellas.

Sanabamba es un pueblo donde conté 80 y tantas almas, que están a los principios de la montaña por el río de Jauja; dijeron los indios que era aquel pueblo anexo a la Doctrina de Paucarbamba del Obispado de Huamanga; es una rochera de facinerosos de acá fuera; el que hace alguna maldad, para vi-

vir seguro, allí se retira. Si se fueran juntando muchos pudieran dar cuidado a los vecinos. No tienen camino, sino solo para de a pie y para carneros de la tierra, porque no los visite cura ninguno y así no hay quien sepa ni aun confesarse, sino solo los que trajinan con frutas y coca para la sierra; ocho días estuve con ellos doctrinándoles y enseñándoles lo que pude más esencial para su remedio por licencia *in scriptis* que tuve del Señor Don Cristóbal de Castilla y Zamora, Arzobispo de las Charcas y entonces Obispo de Huamanga. Confesé todos los del pueblo, que los más aun los que trajinaban, había muchos que no se habían confesado en muchos años; indio hubo que era viejo, tendría al parecer sesenta años, y no sabía qué era confesar, porque no lo había hecho en su vida y para hacerlo capaz, lo saqué afuera y lo tuve casi un año enseñándole de la doctrina cristiana lo que pudo aprender su rudeza; algunos que estaban en estado de condenación. Conocí la necesidad que tienen esas quebradas y retiros (cuevas donde acorralla el demonio las almas para tragárselas) de sacerdotes que se consagrarán a ser cazadores de almas y le quitarán al lobo infernal tantas almas como tiene presas y ha en sus uñas. ¡Oh cuándo será! *Et post haec mittam eis multos venatores et venabuntur eos de omni monte et de omni colle, et de cavernis petrarum* (Jerm. 16, 16). ¡Oh si hubiera un precepto que asolase esos pueblecitos, cabernas de maldades, acogidas del demonio! Luego responden que de allí pagan sus tributos (hechan la capa los caciques por lo que a ellos les puede importar tener también donde acogerse) como si faltaran tierras adonde sembrar para enterrar lo que dicen. Y cuando no hubiera de donde sacar para sus obligaciones no permitiera el católico celo de nuestro Rey y Señor, si tal supiera que porque tengan de donde sacar el tributo, tributen ellos al Demonio sus almas, mejor fuera que lo pagaran en un obraje adonde se aseguren las almas aunque trabajen los cuerpos. No es sino vivir como brutos dando a la naturaleza cuantas ensanchas pide el insaciable apetito en la maldad, estarse idolatrando libremente al demonio sin conocer Dios, Rey ni Padre.

Siete años van corriendo desde la última salida y retirada de los religiosos hasta este de ochenta y dos: y desde entonces hasta el año pasado de ochenta en que me nombró la obediencia por Presidente de esta conversión no se había entrado. Aunque instaban los infieles y cristianos que había en nuestro pueblo de Santa Cruz del Espíritu Santo, pues todos los años salían hasta Andamarca dos y tres veces cada verano a pedir con lágrimas y clamor por Ministros (poderoso es Dios para mudar corazones) y vez hubo que salieron grandes y pequeños a llorar que les diesen Padres; en otra ocasión que salieron repitiendo su acostumbrada petición dijeron, estando presentes los Padres Predicadores Fray Sebastián Muñoz de Toledo y Fray Alonso Zurbarano de la Rea, ambos lenguaraces en el idioma del Inga en que hablaba el intérprete: decid a los Padres (decían que para qué nos dieron a conocer a Dios, para dejarnos en poder del Demonio; si no nos lo hubieran enseñado, no padeciéramos el dolor que sentimos); no hemos de pagar sus hijos lo que

hicieron los otros malos, que se compadezcan de nosotros, pues dicen somos sus hijos. Digo en el Señor, *in verbo sacerdotis*, que esto mismo dijeron: pero con más ternura y más razones que pudo oír el corazón sin reventar el dolor a gritos su sentimiento. Estaba yo entonces sin compañero ninguno, que los dos religiosos dichos eran curas de la sierra; y parecía a los Prelados era más conveniente se procurase abrir primero la puerta y camino con gente de acá fuera y se escusase el trabajo a los infieles, que por más fervores que mostrasen se habrían de volver a entibiar sus ardores si repetían los trabajos de aquellos caminos.

El verano pasado del año de ochenta quiso la Majestad de Dios, a cuyo poder no hay imposibles, facilitar el mayor que ha tenido esta conversión, que era abrir camino que fuese puerta y entrada a esta conversión que se tenía por tan imposible que se decía siempre que imaginarla solo era vano disparate; desesperada temeridad intentarlo. No ha sido sino muy fácil el conseguirlo, porque quiso Dios vencer y ha de triunfar con las almas que son suyas, aunque más reviente el infierno, que todo él se conjura por embarazar a esta entrada, mucho le duele; mas Dios la ama y así le ha abierto puerta sin gastos, socorros ni limosnas, ni más ayuda que Dios y el Capitán Francisco de la Fuente, que cogió tan a pechos esta empresa como si fuera el caudal de un Príncipe muy poderoso; pues pagar jornales, sustento, herramientas y cuanto ha sido necesario, lo ha dado con liberal caridad su mucho celo. Los indios de la frontera de Andamarca, aunque se les ha pagado su trabajo, merecía premios el mucho amor y puntualidad con que acuden a cuanto se ofrece en la conversión. El verano del año pasado de ochenta y uno acabé de pasar con el camino de las asperezas y serranías y se llegó con mulas a las pampas de la montaña, una jornada antes de los primeros infieles, quienes se han mostrado tan contentos y finos, que venían a querer trabajar en los caminos, y viendo que no se lo permitía, desahogaban afectos en regalos para la gente acudiendo con el sustento que traían ellos desde sus chacras, porque tuviese pican-tes en su liberal cuidado el fervor de los serranos en su trabajo.

Entré a ver a los infieles en sus casas en dichos veranos, porque me instalaron mucho y fui con la gente que estaba trabajando en el camino y entre los que iban eran algunos mestizos; hizo el cacique D. Diego Tonté de los Angeles un solemne convite a toda la gente a su modo y usanza con grandes muestras de amor y regocijo de ver otra vez Padres en su tierra y me dijo el dicho D. Diego delante de los dichos: si vinieras con harta gente como estos españoles (a los mestizos también llaman españoles) yo te enseñara gente, allá dentro hay mucha, mucha gente; no os lo enseño porque luego me dejais: y ellos me quieren matar y por amor de los Padres ando yo huyendo de mi gente, que me han venido a matar muchas veces; venid y veréis para prueba de lo que digo. Y nos llevó a cinco partes distintas donde se andaba mudando cada verano y hallamos las casas en algunos sitios quemadas, que de-

cía lo habían hecho sus contrarios. Y en todos los parajes fuertes cercas de empalizadas con que resistía el ímpetu y asaltos de sus enemigos y se llevó a ver tan acosado, que se retiró a las primeras pampas cerca de la sierra, donde el temperamento frío fuese más segura fortaleza, porque los indios de adentro tiemblan y aun en lo fresco tiritan. Ya diré las noticias que me dieron unos indios que vinieron de muy adentro y aun eran de distinto idioma, pero había intérprete para entendernos; son los que dieron también noticia y seña, al parecer ciertas: es que hay españoles y del innumerable gentío que hay pasado la cordillera. Llegaron en este tiempo estando yo adentro, que fue el verano pasado y prometieron volver a salir este verano en que estamos y que traerían más individuales noticias y aun muestras del gentío de adentro y del Gran Rey Enim o poderoso Inga, y que avisarían a la gente de adentro de las conveniencias y cercanía que tenían por esta parte en que excusarían graves incomodidades que padecían por otras partes por donde se sale a la sierra a buscar herramientas, que es lo que más necesitan para su sustento, como yo vi las veces que entré por Tambo y Viscatán, a donde suelen salir todos los años, Andes de muy adentro; algunos dicen que tardan en llegar de sus tierras tres y cuatro lunas (así cuentan los meses) y todos cuantos salen de la otra parte de la última cordillera dicen lo mismo que estos que vinieron a Santa Cruz y dan las mismas noticias.

Acuérdome que comunicando en una ocasión con el Licenciado José Angulo, cura de la doctrina de San Miguel de Ipabamba, Andes por la doctrina de Tambo y diciéndole delante del Padre fray Esteban de las Heras y del Hermano fray Francisco de Ojeda, las noticias que teníamos del gentío que está a la otra parte de la Cordillera y del Inga o Rey Enim, afirmó que también tenía él las mismas noticias y que era tan cierto lo del Rey como lo era estar allí los que nos hallábamos presentes, y que a él le había enviado a llamar tres y cuatro veces queriéndole obligar con presentes de pájaros muy particulares en hermosura y color, con especerías y ricos saumeríos (que hay muchos), con mantas y camisetitas labradas que le había enviado, y para que lo oyésemos de los indios hizo llamar algunos que eran recién llegados de la tierra adentro, y decían y no acababan y ponderando el gentío cogían puñados de tierra, diciendo: así hay de gente que viven juntos en el pueblo muy grande. Hablaban y decían lo mismo y con las mismas circunstancias que estotros que vinieron a Santa Cruz del Espíritu Santo a vernos.

Esto es lo que ha sido esta conversión; aunque rasgos de sus principios, son líneas que demuestran en evidencia lo que pudiera ser patrocinada de un Mecenas que la adelantara propicio y la defendiera celoso para que no se perdiera por desvalida; pues si repara el cuidado, hallará que la gloria de esta obra y el logro todo le tuvo en la primavera de su ser en año y ocho meses, que la abrigó el fervor. La cazoleta más fragante, si le falta el fuego que la calienta, secan sus ámaberes y el pomo más rico de olores, si se destapa, se des-

vanece. Aunque se dejó esta obra por los que parecieron imposibles y le faltó el fuego de los Ministros, no ha perdido totalmente el vigor de su virtud, pues claman las almas, solicitan los indios la puerta de paso con caminos más tratables, seguridad en la lengua sin necesidad de intérprete (que no es lo menos), experiencia de los indios, conocimiento de los parajes, evidencias del gentío, disposiciones que cuando el cielo juntarlos para este tiempo, que facilitara y aseguran el logro de una buena entrada o exploración en que se reconozca la tierra y se vea todo, se recojan los esparcidos y se salven muchas almas, pues no hay paso sin logro de algunas; no como la contradicción émula suele oponer; ¿qué reinos, qué ciudades conquistan?, no pesan el valor de un alma, que para Dios es más que reinos y ciudades. Cómo lo ponderó nuestro Salomón y católico Monarca Felipe II cuando dijo: que por sólo la conversión de un alma de las que habían hallado, daría todos los tesoros de las Indias y cuando no bastaría, daría todo lo que España le rendía de bonísima gana. Llegó a estimar más un alma que las coronas; porque conocido excede su aprecio a todas las riquezas del mundo. Aún más es un alma dijo Crisóstomo: **Si in menias, divitias pauperibus eroges, plus tamen efficeris si unam converteris animam** (S. Juan Crisóstomo, Oper. 2, in Homil. 30). Más hicieras si convirtieras un alma que si distribuyeras en pobres inmensas riquezas; si esto es en comparación de una, ¿qué será en tantas? ¿Y si éstas son las ya bautizadas? Mayor realce. Pues cada una vale por mil en sentir del Abulense: **deterius valde est qui unus de iam credentibus pereat a fide, quam quod mille de non credentibus non convertantur**. Diré, pues, en sentir de este gran Doctor que habiendo en cien almas (que hay hoy en Santa Cruz del Espíritu Santo) cuarenta bautizados son más que si fueran cuarenta mil. Y cese la calumnia de que no se ha bautizado cuando son ciento y ochenta y tres los que han merecido el santo bautismo y repare que Santiago solos doce bautizó en España y oiga a San Pablo, que nombrando y no más que bautizó en los de Corinto dice: **non enim missit me Christus baptizare, sed evangelizare** (1 Cor. 1. 17). No es nuestro oficio bautizar, sino predicar y enseñar. Lloré sí el celo la perdición eterna de tantas almas y diga con el Seráfico Doctor San Buenaventura: ¡Oh Señor!, ¿quién me dará que ya que estoy vestido de este saco imite a vuestro fiel criado Mardoqueo cuando llorando cada día a las puertas del palacio, buscaba ocasión para hablar al Rey y redimir a su pueblo? Si este (decía el santo Doctor) por solo la muerte temporal de los judíos se ponía cilicios, se vestía de saco y mostraba tanta tristeza, ¿cómo yo, desventurado de mí, pondré fin a mis lágrimas, cuando veo el estrago miserable de tantas almas de infieles que se condenan para siempre? Mas ya pueden seguramente retirarse los dolores, enjugarse las lágrimas hasta hoy debidamente vertidas y avivarse la esperanza del más abrasado celo; pues no a las puertas, al corazón sí, de tan piadoso Príncipe llegan hoy estas noticias, las voces y lamentos de aquellas almas, pues tengo por cierto que para el amparo solicito el católico celo, el conocimiento de esta conversión; que nunca dejó Cristo (Príncipe Soberano) de remediar dolencia de que se notició; aun sin pregun-

tar el achaque, con haber merecido el toque de sus vestiduras quedó aquella mujer del Evangelio sin la fatiga de su aflicción (Mat. 9, 10).

Hasta aquí Excelentísimo Señor pudo el precepto que me puso Vuestra Excelencia alentar mi cortedad y sacar del olvido en que yacían como muertas estas breves noticias del fruto de esta conversión: no sin cuidado mío escondidas, porque las contemplara flores del jardín de Dios y las recelaba marchitas al aire, o las miraba esfuerzos de la luz divina contra el imperio de las tinieblas y las tenía combatidas en declarada contradicción de los Ministros de ellas. Pero ahora (no sé con qué consuelo interior, que no acertaré a explicar) las pongo en manos de Vuestra Excelencia, asegurándome de un peligro, la obediencia; y del otro, la protección, que aseguro tendrá una obra tan de Dios en una benignidad celosa que ha solicitado noticias, claro es para aplicar el amparo. Es cierto, Señor, que aun en las montañas me persuadían los ecos del gran crédito de Vuestra Excelencia a que saliese confiado en su cristianidad y grandeza a solicitar de esta Obra el remedio. Las almas de ese barbarismo a millares múdamente me instaban, el corazón me hablaba y Dios en fin me fue llevando a esta Corte a que viese lo que aun no entendía bien; oía aun entre los chontales de esos valles que llamaban a Vuestra Excelencia el piadoso. Infórmeme de más cerca, y hallé que no por una ni otra acción sino por todas juntas y lo que más es, por su grandeza, por su heroica inclinación se había merecido Vuestra Excelencia con más verdad que en boca de la lisonja el Emperador Graciano este renombre: *Te inquam Gratiane hoc nomen non tam singulis factis; quan perpetua grate agendi venignitate meruisti*. Llegué a los pies de Vuestra Excelencia confieso que temeroso, pero hallé que la circunspección de tan gran Príncipe aún no bien ideada en mi respecto, la templó benigno Vuestra Excelencia en la suavidad de sus palabras, que visto a lo humano, me pareció el original de aquel lienzo en que trabajó el pincel político de Claudiano: *Celsa potestatis species non voce feroci, non alto simulara gradus, non improba gestu*. Visto a la luz de la verdad tengo por cierto que Dios ha comenzado a labrar en el piadoso corazón de Vuestra Excelencia la libertad de tantas almas esclavas del demonio; póngalas todas a los pies de Vuestra Excelencia en su alta idea, pidiéndole el bautismo y repitiendo aquellas tiernas voces (que en este se han referido) y le suplico rendidamente consulte con su cristianísimo celo si tan lastimeros clamores le sobra aliento para retardarles remedios. Mejor se lo responderá Vuestra Excelencia a Dios que a mí, claro es; pero yo bien sé que aun con ser tan dilitada la capacidad de Vuestra Excelencia (bien informado de esta necesidad) les ha de sobrar poco espacio a sus dos principales deseos: del provecho de las almas y del servicio de su Majestad. En su eficacia fío el fomento y defensa de esta empresa. No extraña Vuestra Excelencia la voz defensa, que es obrar de Dios y para obscurecerla alistadas están las tinieblas. No será esta la primera a que en claro día de breve nubecilla se levantó temerosa tempestad. Yo a lo menos no lo extrañaré, que ya sé que es condición de Dios poner a semejantes em-

presas la seguridad en los peligros. Es artífice a lo divino que al oro de las buenas obras le dispone los primores a golpes; a los de la envidia judaica él mismo en carne fue yunque cuando obró nuestra redención, y él mismo endureció a Faraón: *indurabo cor Faraonis* (Exod. 3, 23). Porque en su contradicción fuese más gloriosa la libertad del Hebreo, estilo es este suyo no lo estorbe Vuestra Excelencia. Si sucediere, que yo he visto ensañarse tanto aun en los más santos Prelados la contradicción a estas conversiones, que después el desengaño en el fruto de sus ministros les puso en muy sentidos arrepentimientos y finalmente bien sé yo que si Vuestra Excelencia se pone a conversar un rato a solas con sus experiencias, hallará que las más heroicas obras en servicio de Dios y del Rey las ha examinado primero la calumnia y aun lastimado muchas veces indignamente la envidia.

Vuestra Excelencia perdone la falta de estilo en mi relación que ha muchos años que solo converso con fieras. Supla la benignidad de Vuestra Excelencia lo que en materias de respeto me rozare el rústico que vengo poco práctico en lo cortesano. Solo protexto *coram Deo*, verdad sincera en lo que escribo y pido humildemente a Vuestra Excelencia me ayude a sacar tantas almas del poder del demonio; pues es este el mayor servicio que se puede hacer a Dios: el principal cuidado (como Vuestra Excelencia sabe muy bien) de nuestro Rey y Señor, así lo espero de la grandeza, cristiandad y piadoso celo de Vuestra Excelencia.